BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LA INVASION DE HIRK

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

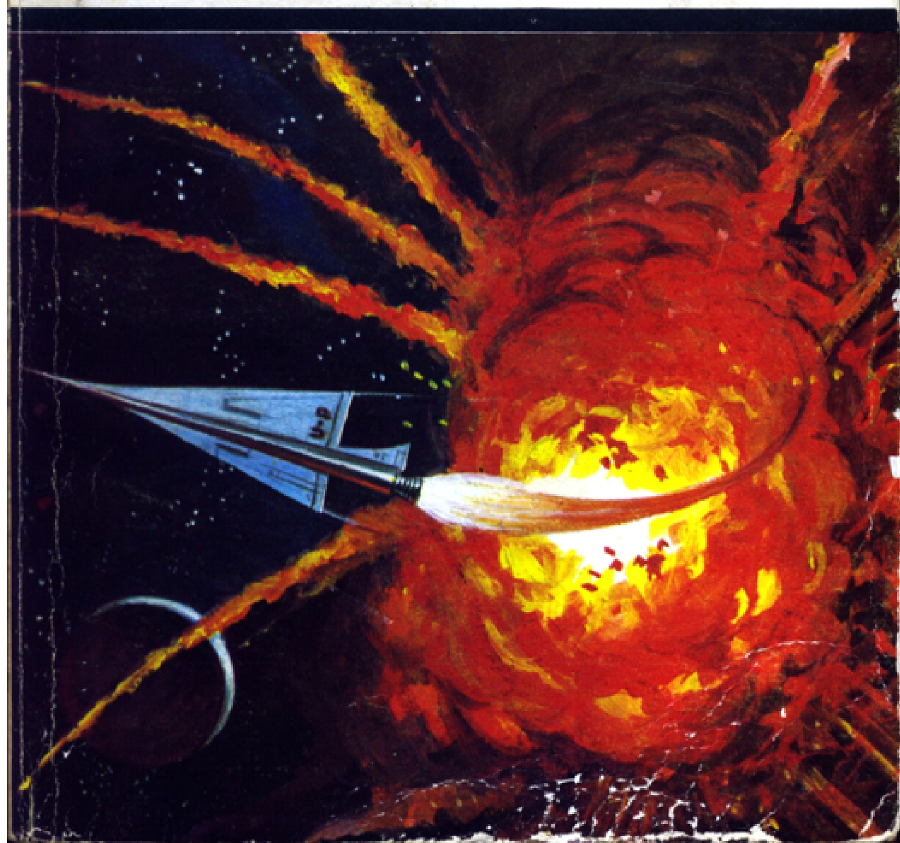


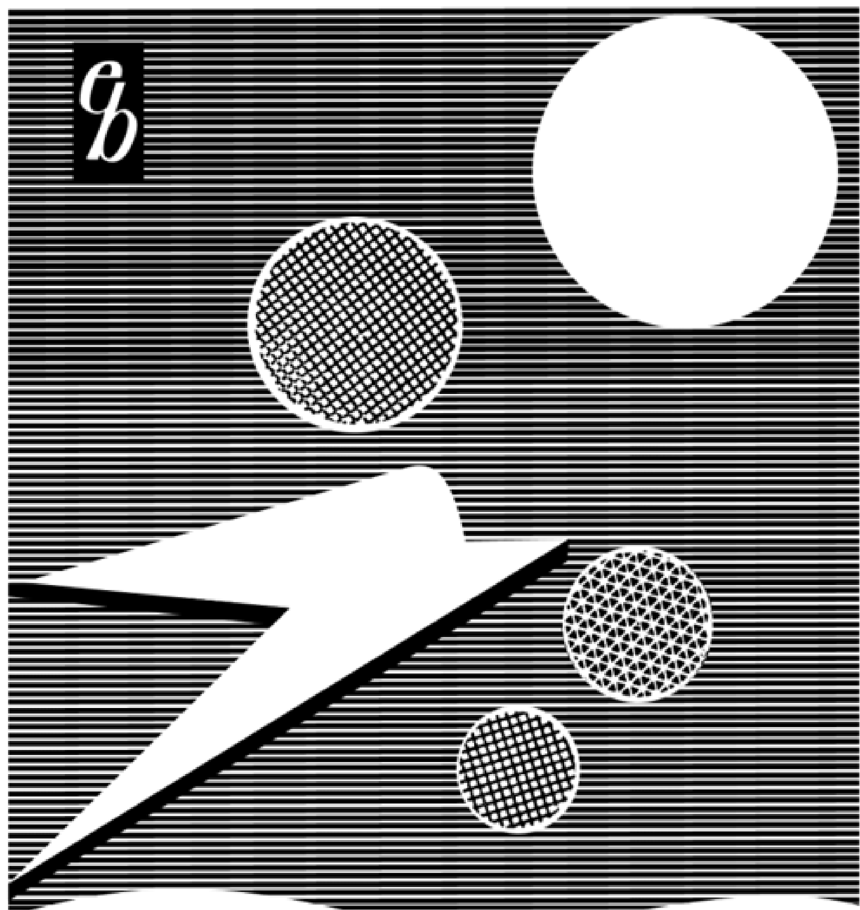
BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

LA INVASION DE HIRK

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

KELLTON McINTIRE

LA INVASIÓN DE HIRK

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 279

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 39.119 – 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: diciembre, 1975

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajesy entidades privadasqueaparecenenesta novela,asícomolas situacionesdela misma,sonfruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, por lo que cualquier semejanzaconpersonajes,entidadeso hechos pasados oactuales, serásimplecoincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

274— *Lobos del espacio.* Burton Haré.

275— *Todas las noches del mundo.* Curtís Garland.

276— *Pánico en él satélite.* Marcus Sidéreo.

277 —Los últimos días de la Tierra. A. Thorkent.

278 — *El mundo que nunca existió.* Curtís Garland.

CAPITULO PRIMERO

Karah se encontraba en su camarote cuando una de las mujeres inferiores vino a visitarla.

—Antar-Re te espera en la Cámara de los Misterios —dijo la sierva.

Karah asintió, disimulando su ansiedad. ¿Cuánto tiempo hacía que deseaba la llamada de la anciana reina? Quizá desde el mismo instante en que la astronave abandonase el planeta Hirk, convertido en un mar de fuego y desolación.

Karah dirigió una última mirada crítica a la imagen que de su cuerpo le ofrecía el espejo.

Era una hirkita de raza superior, alta, fuerte, ágil y bella. Y como todas las mujeres nobles, estaba completamente desnuda.

Karah contemplaba su cuerpo con perplejidad, desde los sedosos cabellos rojos hasta los dedos de sus pies. Y se encontró tan bella que incluso sintió algo semejante al rubor.

Decidió abandonar su camarote. Antar-Re, la suprema mujer a bordo de la astronave, no podía aguardar.

Recorrió el pasillo y el ascensor la elevó hasta la cabina de la que jamás salía Antar-Re. Una sierva la guio hasta la puerta redonda de la cabina.

Karah entró y oyó el rumor de la puerta cerrándose a su espalda, mientras avanzaba a través de la inmensa estancia semicircular. En los muros metálicos se adosaban aquellos enormes aparatos de extraña apariencia que servían para gobernar y mantener la nave.

Nadie sabía hacerlo: sólo Antar-Re, la anciana. Sinembargo, la reina estaba enferma y decrépita y las mujeres de Hirk temían que un día u otro la inmensa astronave quedase sin gobierno.

Una voz profunda sorprendió a la joven:

—Acércate, Karah; estoy aquí.

Uno de los extraños aparatos giró. Parecía un sillón y disponía de

un alto respaldo decorado con piedras raras que fulgían, cegadoras.

Un gemido de espanto escapó de entre los labios dela joven Karah.

Porque sus ojos contemplaban con incredulidad aquel remedo de mujer delgadísima, de piel descolorida y escamosa, cuyos brazos colgaban como dos tentáculos de larguísimos dedos descarnados. Las piernas..., ¡las piernas eran como huesos pintados de color carne y se plegaban sobre el asiento del sillón!

Pero la cabeza de aquel ser era todavía más impresionante: carecía de cabellos y el enorme volumen del cerebro destacaba como una enorme esfera de marfil.

En el cráneo, bajo la piel, Karah contempló aquella impresionante red de venosidades azuladas.

Unos ojos enormes, lúcidos y sagaces, ocupaban la mayor parte del rostro.

Bajo la finísima barbilla de aquel ser, colgaba un aparato metálico.

Karah trataba de dominar sus sensaciones, por encima del espanto.

—¿Eres tú..., Antar-Re, la..., la reina? —preguntó, tímida.

—Yo soy. Acércate. ¿Te impresiona mi aspecto? Lo comprendo. Pero no debes temer, Karah. Yo hablaré para ti y tú comprenderás. Ven.

Karah bajó los ojos e hizo la reverencia que sus instructores le habían enseñado, tras lo cual avanzó, vacilante, unos pasos.

Aquel pobre ser que tenía ante los ojos era Antar-Re *la Sabia,* la reina de las mujeres hirkitas que habían abandonado Kirk antes de la Deflagración.

Los ojos de la anciana tenían un poder de sugestión infinito.

—Te he llamado, Karah —dijo—, porque tú eres la primera de las Diez Elegidas. ¿Te hablaron tus instructoras, conoces tu misión?

—Algo..., algo he sabido, Antar-Re. Me han dado instrucciones extrañas, incluso... me han obligado a ponerme vestidos, como a las

siervas —respondió.

Se oyó un gorgoteo sincopado: Antar-Re reía.

—Te extraña, lo adivino. Pero lo que ahora te parece raro, dejará de serlo pronto... Acércate más. Habla con franqueza. Me has visto, Karah. Puedes hablar e incluso palpar mi cerebro —invitó la reina.

Karah se estremeció por segunda vez. ¡Tocar aquel cráneo enorme, translúcido y carente de cabellos...!

Alzó, temblorosa, una mano y acarició la fina piel transparente. Bajo sus dedos, la joven palpó la textura familiar de la piel... ¡Antar-Re era un ser humano, al fin y al cabo!

Más tranquila luego, volvió a su asiento y se permitió alguna que otra fugaz mirada a aquel cuerpo disminuido físicamente. Observando a Antar-Re, podía deducirse que todas las potencias de aquel decrépito ser se habían condensado y aglutinado en el enorme cerebro.

—Habla ahora. Sé sincera —invitó la anciana.

—Pues bien: todo lo que me han enseñado me parece estúpido. Bedah-Shi me ha orientado sobre cómo comportarme con... los hombres. Pero yo jamás he visto un hombre, aunque la biblioteca de a bordo me haya mostrado que en la civilización de Hirk los varones eran esclavos, seres inferiores...

—Así era —asintió la Sabia, sin mover sus músculos faciales—. Sigue.

—Bedah-Shi pretende que sea... ¡humilde! con los hombres que encontraremos en el planeta al que nos dirigimos —protestó Karah.

Los ojos de la anciana fulgieron, regocijados.

—Ten paciencia, Karah. Tú eres muy joven aún. ¿Cuántos años tienes? ¿Ochenta, quizá noventa? —preguntó.

—Ochenta y dos, anciana reina —respondió la joven,con orgullo —. He aprendido a contar los años, según la magnitud del tiempo del planeta hacia el que nos trasladamos.

—Pues bien, Karah; yo tengo quinientos cinco años, contados en esa misma magnitud. Soy muy vieja. Verás, las mujeres de Hirk raras veces suelen alcanzar más de los cuatrocientos años...

La voz profunda de la anciana siguió pronunciando claramente las palabras.

—Ahora, mi cerebro es poderoso y posee una riqueza de conocimientos que jamás podrías imaginar, Karah. Sé que las mujeres hirkitas cometieron un grave error al convertir a los hombres en seres inferiores, porque Krison-Re, nuestro supremo dios, creó iguales a hombres y mujeres. Ambos tienen funciones semejantes: perpetuar la especie. Yo misma... Bien, debo decírtelo: también yo fui joven y bella como tú. Y tuve muchos hijos: treinta o más. Yo te engendré a ti, Karah, tú eres una de mis hijas —confesó la anciana.

Karah se mordió los labios. ¿Era posible que Antar-Re, aquel despojo humano, fuera su madre?

—Adivino tu zozobra, hija —siguió la reina—. Pero ahora debo hablarte de otras cosas... Cuando se produjo el Gran Cataclismo que destruyó Hirk, los hombres eran utilizados como animales. Servían para engendrar... mujeres, porque si nacía un varón se le sacrificaba inmediatamente en nombre de Krison-Re, ya que la supremacía del matriarcado hirkita lo exigía así. Cuando se produjo el cataclismo, los hombres fueron arrojados de los refugios y de las astronaves que se disponían a abandonar el planeta...

—¿Y... murieron todos? —preguntó Karah, impresionada.

—Casi todos. Sólo tres consiguieron esconderse en esta astronave. Uno de ellos era Jero-Ka, tu padre. Murió un año después de nacer tú, Karah.

La voz de la anciana se había ido tornando jadeante. Porque sus cuerdas vocales estaban resecas, deshidratadas a lo largo de quinientos años.

Sin embargo, los ojos brillantes de la anciana seguían teniendo vida. Y su cerebro adivinaba sin error todo lo que pasaba por la mente de la joven Karah: la hija de Antar-Re pensaba en los hombres, en aquellos seres extraños, peludos, torpes y lentos, con los que una mujer hirkita jamás hablaría de igual a igual.

CAPITULO II

Naturalmente, Karah jamás había visto a un hombre.

En la astronave faltaban los Ka —los hombres—, pero nadie parecía echarlos en falta. ¿Eran necesarios los hombres?

Karah había recibido enseñanza superior sobre biología y antropología. Pero aquellos estudios eran asimilados fríamente, sin otro interés que el puramente intelectual.

Era como estudiar a una especie desaparecida, extinguida. A los hombres se les conocía así, sin experimentar el menor sentimiento o entusiasmo.

Antar-Re acababa de mencionar que en la inmensa astronave habían penetrado tres hombres. Y los tres habían muerto muchos años atrás.

«Perpetuar la raza hirkita —pensó—. Tal es el motivo de un viaje que dura ya más de trescientos años.»

Pensó en los problemas que deberían afrontar. Las enormes cantidades de alimentos almacenados en la bodega de la astronave comenzaban a escasear.

De las seiscientas mujeres que embarcasen antes de que el planeta Hirk se deshiciese en hirvientes fragmentos, sólo vivían cuatrocientas, la mayoría viejas, próximas a morir.

Cada día quedaban más alojamientos vacíos en la astronave. Los cadáveres eran desecados en una máquina y las sustancias aprovechables se reconvertían en el magnífico laboratorio de a bordo.

Todo el espacio vacío había sido convertido en enormes plantaciones de vegetales comestibles de ciclo rápido. Había también una granja donde se criaban animales.

Antar-Re instruía a las mujeres de Hirk tan sabiamente que un *gratnl* (1) podía ser cebado en una semana y sacrificado en dos, produciendo carne y grasas para alimentar a quince mujeres hirkitas durante un mes.

(1)Lechón, cerdo.

Pero la energía de que disponía la astronave se extinguía, por lo que Karah podía comprender ahora en profundidad el inmenso problema que pesaba sobre los esqueléticos hombros de la reina Antar-Re.

Suspiró y alzó los ojos para contemplar de nuevo el voluminoso cerebro de la anciana, tres veces más abultado que el de la más inteligente mujer hirkita.

«Es mi madre, es una mujer», se dijo Karah. Y experimentó un soplo de compasión por aquella anciana que agotaba día a día su vida en sacrificio desinteresado por las mujeres de Hirk.

Antar-Re, silenciosa e inmóvil, debió adivinar todos aquellos pensamientos porque sus grandes ojos oscuros fulgieron con fuerza.

Karah se abandonó a la placidez del descanso sobre aquel cómodo sillón anatómico. Sus recuerdos, los recuerdos de su infancia, surgieron en su mente con extraña fuerza.

Bedah-Shi, que tenía trescientos años, le había ido mostrando los secretos de aquella gran astronave.

¿Por qué Bedah, que era una cultivada mujer Shi —de casta superior—, le hablaba constantemente de los hombres?

Bedah suspiraba por Kwa-Ka, su esclavo predilecto en el planeta Hirk.

—Nadie conoce con exactitud nuestro destino —solía decir en un instante de intimidad—. Pero me gustaría vivir en un planeta donde hubiera hombres.

Karah no comprendía aquella obsesión por los Ka, es decir, por los hombres. ¿Qué tenían los varones para ser tan continuamente recordados y deseados?

Cuando Karah alcanzó la pubertad, también ella comenzó a experimentar aquella obsesión por el tema hombre. A solas, en su lujoso camarote reservado a las mujeres Shi, leía absorta los libros de la biblioteca y analizaba todos los grabados e imágenes en que aparecían varones.

Llena de asombro, comparaba las diferencias anatómicas entre su propio cuerpo y el de un hombre.

Finalmente, cuando cumplió setenta años —primera juventud en las mujeres hirkitas—, Karah optó por relegar a un rincón de su memoria todo lo relacionado con el tema hombre.

A pesar de lo cual, no podía impedir en lo más profundo de su alma un cierto vacío difuso, vago, pero estremecedor. Era como si algo importante y trascendente se hubiera escapado de su propio ser.

Ahora, Antar-Re tenía algún proyecto encaminado a salvar a las mujeres que viajaban a bordo de la astronave, aquel mundo donde las más jóvenes habían nacido, crecido y madurado… sin esperanzas.

No era una simple nave aquel inmenso receptáculo donde se escondían los secretos de una civilización tan poderosa como la de Hirk… No lo era porque la sensación de flotar eternamente en el espacio la asemejaba a una isla varada… ¿dónde, exactamente?

—En el espacio —pronunció Karah, en voz alta.

—Sí —respondió la anciana, ya recuperada.

La joven miró a la reina, sorprendida.

—Flotamos en el espacio, hija mía —añadió la excelsa Antar-Re —. Pero no por mucho tiempo ya. Dentro de algunos meses, tú caminarás sobre un suelo firme y seguro, sobre la superficie de un planeta tan bello como el mismo Hirk.

—¿Cuál…, cuál es ese planeta, anciana reina? ¿Cuál es ese planeta…, madre? —preguntó la joven, temblorosa.

En los dilatados ojos de Antar-Re se produjo un brillo húmedo. Inmediatamente, el sillón sobre el que descansaba el esquelético cuerpo de la reina giró hacia los paneles metálicos del gran semicírculo.

Una gran bola azulada brillaba sobre el negro espacio infinito.

—Ese es nuestro destino, el mundo que yo he elegido para las mujeres de Hirk. Se llama… Tierra —confesó Antar-Re, con un extraño trémolo de emoción en la voz.

CAPITULO III

—T-i-e-r-r-a —deletreó Karah, extasiada.

—Así es. ¡Míralo! Es hermoso como una estrella, pero está ahí mismo, cercano, casi al alcance de nuestra mano. Tres meses más y la Tierra será nuestra.

La joven miró a la reina y se sintió traspasada por el agradecimiento. En verdad, Antar-Re merecía el título de Excelsa. Había sacrificado su vida para conseguir llevarlas hasta aquel paraíso. Se había esforzado en alargar sus días para darles una tierra firme donde vivir y donde… —Donde tener hijos —dijo Antar-Re.

—¡Hijos! —repitió Karah, ensimismada—. ¿Los tendré yo, madre?

—Los tendrás. El paraíso está próximo, pero esa Tierra está habitada. Su clima es dulce y benigno, pero está poblada por hombres y mujeres. Son como nosotros, en cuanto al aspecto exterior, pero no nos beneficiaría un trato directo con ellos porque son crueles, egoístas e hipócritas. En cuanto a mis planes…

Antar-Re explicó a Karah que la astronave llevaba tres años viajando dentro de los límites de la constelación llamada Vía Láctea, en la que se encontraba el planeta Tierra.

—No hemos hecho otra cosa que describir órbitas elípticas alrededor de este planeta, con el fin de estudiarlo exhaustivamente. Sabemos ahora que en la Tierra existen muchos países y diversas razas, como que la temperatura, la riqueza en oxígeno de la atmósfera, la presión atmosférica y la mayoría de sus circunstancias son muy parecidas a las de nuestro desaparecido Hirk…

Karah respiró con ansia.

—Si el planeta es apto, ¿por qué no descendemos? —preguntó.

—Te dije antes que los terrestres difieren de nosotros de forma trascendente. Ellos aman las riquezas y se las disputan a muerte. Si nuestra nave se posase ahora en la Tierra, ellos se apoderarían de nuestros secretos y, con ello, la destrucción del planeta sería inminente. Conozco a los hombres, Karah, a través de nuestros sistemas de comunicaciones audiovisuales, conozco su mezquindad, su

soberbia y su crueldad…

Antar-Re hizo una pausa para recuperar el aliento. Su debilidad era tal que debieron transcurrir varios minutos antes de que pudiera utilizar de nuevo la palabra.

—Descansa ahora, madre. Hablaré yo —dijo Karah, compasiva—. Aunque te ruego seas comprensiva y disculpes mi ignorancia. ¿Cómo puede explicarse que hayamos realizado tan largo y penoso viaje si, finalmente,, no podemos descender sobre la Tierra, establecernos y gozar de sus bondades? ¡Madre, madre, yo he visto la hecatombe de Hirk en los documentos del videoarchivo! Era horrible… Los hombres y las mujeres desaparecían en terribles simas ígneas… Era abominable, madre. Pero la Tierra… ¡es tan bella!

—Ten paciencia, hija. He vivido hasta ahora guiada por el deseo de que vosotras gocéis de ese paraíso azul que brilla en la pantalla. Pero el egoísmo de los terrestres nos obliga a demorar nuestros planes…

—¿Cuáles son esos planes? —exclamó Karah, ahogándose de impaciencia.

—¡Karah, oh, Karah! —respondió la anciana—. Eres joven y fogosa, llena de energía y de curiosidad. Cálmate, tú serás una de las Diez Elegidas. He nombrado, además, a Gunt-Shi, Goa, Pta, Wanshe, Fiahlore, Qu, Swatl, Mihar y Jendra. ¿Adivinas por qué las elegí?

—Son todas jóvenes, bellas y saludables, ¿es ésa la razón?

—¡Aciertas! En la Tierra, los hombres son los Shi o Elegidos. Los varones gobiernan y dominan, aunque tambiénlasmujeres se les asemejen.He observado, noobstante, que en la Tierra las mujeres jóvenes y bellas tienen gran poder de seducción sobre los hombres. Sobre ellos tendréis la ventaja de poseer la cultura hirkita, muy superior a la terrestre, y también vuestra experiencia, pues a los ochenta años que tienes tú, Karah, un nombre es anciano en la Tierra.

—No lo entiendo, madre —exclamó Karah.

—Hay algo que debo explicarte, hija. Nuestro viaje a través del tiempo y del espacio alarga nuestras vidas. En Hirk jamás vivía una mujer más de doscientos años. Las mujeres excepcionales podían llegar a los trescientos años, pero nadie viviría en Hirk cuatrocientos años, como tienen Hark-Shi o Whay-Shi, a las que tú conoces. Sin embargo, hay algo que me conturba, hija mía…

—Te escucho, madre.

—Ignoro si la vida en la Tierra *os transformará súbitamente en viejas* —pronunció la anciana con voz grave—. Si fuera así, nuestro viaje resultaría un absoluto fracaso... No, no quiero pensar en ello,

—Debemos correr el riesgo, madre —respondió, con entereza—. Tu voluntad lo puede todo. Guíanos y conseguiremos nuestro objetivo.

—Bien. He nombrado a Gunt y a Goa para que piloten el vehículo-hábitat que os llevará a la Tierra...

Mihar y Pta, expertas en Ciencias Cosmológicas, tomarían muestras de vegetales, animales y minerales, con destino al laboratorio de la astronave. Wanshe v Qu descenderían sobre la Unión Soviética, con la misión de anular los sistemas de intercepción de proyectiles atómicos intercontinentales, mientras Swatl y Jendra se encargarían de una labor semejante en el territorio de China comunista.

—¿YFiahlore? —quiso saber Karah.

—Fiahlore... será tu doble. Es tan bella e inteligente como tú. Ella tomará tu misión *si, por desgracia, mueres...*

Karah tragó saliva.

Fiahlore... Muy bella, de cabellos rubios, perfecta, casi divina, pero lasciva, fría y orgullosa. Quizá fuera Fiahlore la única mujer hirkita a la que Karah detestaba.

—No sé... Aún no alcanzo a comprender cuál será exactamente nuestra misión, madre. Me has hablado de las Diez Elegidas, pero no entiendo...

—Lo comprenderás todo fácilmente. Escúchame: en la Tierra existe un precario equilibrio de fuerzas entre los países más poderosos. Los más fuertes son los Estados Unidos de América y la URSS. Sin hacer un gran derroche de nuestra escasa energía conseguiremos enfrentarlos. He aquí mi objetivo, Karah: *la destrucción total, absoluta, de los hombres de la Tierra...*

* * *

Karah se alzó de un salto sobre su asiento.

—¡No! —gritó, sin poder contenerse.

—¿Por qué no? —respondió Antar-Re, sin entonación—. No existe otro medio. Los terrestres tratarían de utilizar locamente nuestros poderosos descubrimientos acerca de la vida y de la muerte, de las ciencias y de los mundos. No hay otra solución: debemos aniquilar a los terrestres.

—Pero eso significaría quizá el fin de toda vida sobre la Tierra. ¡Y nosotras perderíamos para siempre ese maravilloso planeta azul! —gimió Karah.

—Tranquilízate, La ciencia de los terrestres es poco avanzada, aunque dominen la energía atómica en su fase más primaria. No poseen metales como el *ark,* el *thol* o el *krimio,* capaces de multiplicar quintillones de veces la explosión nuclear. No, Karah, la Tierra no quedará destruida, aunque sí inhabitable por un centenar de años: el tiempo aproximado que durará nuestra energía de a bordo. Entonces tomaremos posesión de la Tierra —aseguró la Excelsa.

Karah se arrojó fuera del sillón y cayó al suelo, presa de un impresionante ataque de histeria. Y allí, sus puños golpearon locamente el bruñido metal hasta que la sangre brotó de sus nudillos.

Cuando más grande era su paroxismo, Antar-Re hizogirar su sillón-trono y dirigió a su hija una mirada densa y penetrante.

Karah exhaló un gemido y cayó desvanecida.

La escotilla circular se abrió y apareció una mujer de edad madura, bella y de serenas facciones.

—Toma a Karah y llévatela a la cámara superior, Bedah-Shi —ordenó la anciana—. Karah no volverá a su camarote: a partir de hoy sólo recibirá el conocimiento a través de mí. No temas, Bedah, sólo está desvanecida. Tuve que reducirla cuando estalló en un ataque de histeria. Obedece y vuelve a esta cámara.

—Sí, Antar-Re —asintió Bedah.

Tomó en sus brazos a Karah sin aparente esfuerzo y caminó hacia el muro oblongo de la derecha. Una sección del panel se abrió,

descubriendo una rampa luminosa que llevaba a la cámara superior.

Bedah-Shi dejó a la joven sobre una litera, apoyó su *misch* o reanimador electrónico sobre su pecho y dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Pobre pequeña! —murmuró con ternura—. Eres demasiado impetuosa.

Permaneció unos instantes contemplándola con atención y luego, tranquilizada, descendió hacía la Cámara de los Misterios.

—He vuelto, anciana reina —dijo—. Karah se encuentra bien.

—Acércate, Bedah —invitó Antar-Re—. Sé cuál fue el motivo del acceso furioso de Karah: creyó que jamás le sería dado conocer a los hombres de la Tierra. Pero tú sabes, Bedah, que mi designio es firme y se cumplirá paso a paso. Ahora quiero que comparezcan ante mí el resto de las Elegidas. Quiero verlas, observar sus reacciones y ofrecerles el consuelo de conocer mi fortaleza y mi poder. Tal vez, alguna de esas jóvenes no vuelva jamás de su viaje a la Tierra.

Bedah se conturbó. Sabía, sin embargo, que ningún sacrificio sería estéril si, finalmente, el pueblo hirkita conseguía el objetivo ambicionado durante trescientos años: *asentarse en un planeta habitable y… multiplicarse.*

—Karah no conoce la última parte de mis designios —seguía pronunciando la vieja Antar-Re, con gran fatiga—. Ignora que cada una de las Diez Elegidas deberá traer a esta nave a un hombre, a un terrestre, antes de que la guerra total estalle sobre la superficie de la Tierra.

Bedah, que no había osado sentarse ante la Excelsa, apoyó su pecho desnudo sobre las piernas increíblemente delgadas de Antar-Re.

—Sí, reina.

—Bien… Todo estará bien empleado si llegamos a conquistar la Tierra para vosotras y para los diez hombres que llegarán a esta astronave en uno de nuestros vehículos. Tendréis que derrochar paciencia, pues aún pasarán otros cien años antes de que la Tierra sea nuestra y podamos gozar de su clima benigno, de sus bosques, de sus mares y lagos y de sus mil maravillas. Ellos…, los terrestres, no comprenden lo que significa vivir en estas eternas tinieblas del espacio, moviéndonos dentro de un espacio limitado, comiendo lo

imprescindible y ocupando nuestras horas con el estudio y la meditación. ¡Son unos locos, unos estúpidos, que no saben valorar el inmenso tesoro que Krison-Re puso en sus manos!

—No hables más, anciana reina —rogó Bedah, angustiada—. Tu voz se debilita. Descansa ya, es la hora.

—Tienes razón, como siempre. Tómame en tus brazos y llévame al *crotl* (1), elegida de Krison-Re —pidió la anciana.

(1)Conservador. Máquina capaz de disminuir la actividad vital a su mínima expresión, sin paralizar la vida.

Antar-Re concentró su voluntad y en el bruñido suelo metálico se abrió una trampita cuadrangular, tras la que apareció una rampa.

Antes de que Bedah tomase en sus brazos aquel miserable cuerpo, dijo Antar-Re:

—Descansaré durante dos horas solares solamente. Debo entrevistarme con Fiahlore en la Cabina de losMisterios. ¿Sabes una cosa, Bedah? Fiahlore me preocupa. Su corazón no es tierno y noble como el de Karah. Créelo... Elegiría a otra... si pudiera disponer de una mujer joven como ella.

—Tu voluntad está por encima de todo, reina —asintió Bedah, inclinando la cabeza—. Aunque piense igual que tú... ¡Fiahlore es tan distinta de la noble y sencilla Karah! En realidad...

—Calla —murmuró Antar-Re—. Sé que estás en lo cierto. Pero no pienso decirle a Karah que Fiahlore es su hermana... El mismo hombre, Jero-Ka, las engendró en mí, pero empiezo a sospechar que el día en que parí a Fiahlore, Wasoun-Gri (1) soplaba furioso sobre mi vientre.

(1)Wasoun-Gri: el espíritu del Mal en la civilización de Hirk.

Calló, de repente. No era bueno mencionar al diablo cuando la astronave hirkita se aproximaba al paraíso, es decir, a la Tierra.

CAPITULO IV

Los ojos verdosos de Fiahlore fulgían gozosos cuando abandonó la Cámara de los Misterios y ascendió la rampa que conducía a la cabina que le había sido destinada.

Sonreía, con íntimo regocijo. Luego sus labios se plegaron en un rictus de supremo desprecio.

¡Antar-Re, la reina, la Suprema anciana, la Sabia, la Adorada! ¡Bah...! Un esqueleto repugnante, una visión repelente.

Aquel inmenso cerebro fosforescente imponía, era cierto. Pero, en conjunto, Antar-Re era despreciable.

Entró en la cabina y vio a Karah, que tenía los ojos abiertos y descansaba sobre su lecho.

—¡Ah, Karah! —murmuró, con desprecio—. ¿También has sido elegida?

—Así es.

—Nunca lo hubiera imaginado —pronunció Fiahlore con redomada ironía—. Bien... Ambas tendremos el mismo destino y ocuparemos la misma cabina. Te ruego que procures no molestarme, ya que he de sacrificar mi intimidad.

—¿Por qué habría de molestarte? —preguntó Karah, perpleja—. La estancia es amplia, capaz de albergar a diez personas con toda comodidad. No te molestaré. Y espero que tú hagas lo mismo.

Fiahlore se dejó caer sobre su lecho y contempló con placer su propia imagen en el bruñido techo de *tholt* rojo.

Karah desvió la mirada. Sabía que Fiahlore era bellísima, desde sus cabellos de oro hasta sus facciones perfectas y su cuerpo de líneas armoniosas y rotundas. Pero la detestaba, instintivamente, en lo más profundo de su ser.

—Posiblemente, ese engendro de mujer me nombrará jefe de las Elegidas —susurró Fiahlore, sin apartar sus ojos de la imagen que le devolvía el metal pulido del techo—. Y, entonces, tú y las demás deberéis obedecerme ciegamente.

Karah se incorporó sobre el lecho y la miró.

—¿Has dicho *engendro?* ¿A quién te refieres? —preguntó.

—Está bien, la llamaré *Excelsa Antar-Re,* si lo prefieres —rio Fiahlore—. En cualquier caso, la reina me elegirá como jefe... Verás, iremos a un planeta llamado Tierra, donde existen millones de hombres. Y yo... ¡siempre he soñado con los hombres! Cuando lleguemos allí...

-¿Sí?

—Escogeré a los más hermosos y fuertes. Y nadie..., ¡nadie podrá competir conmigo, nadie podrá disputarme a mis elegidos! —chilló, rabiosa.

Los ojos oscuros de Karah brillaron indignados.

—¡Fiahlore, Fiahlore! —exclamó—. Estás loca... Sólo piensas en ti misma, olvidas tu misión trascendental, que atañe a toda nuestra estirpe...

Fiahlore se revolvió en el lecho. Su rostro fino y bello se había crispado en un rictus odioso.

—Calla, estúpida. ¿Qué sabes tú? Esta astronave alberga en sus entrañas metálicas a trescientas mujeres viejas, histéricas y gruñonas, ajadas e incapaces. ¿Qué pueden esperar ellas en la Tierra? No podrán concebir ya, porque su tiempo ha pasado. La vida es para nosotras, Karah. Y, sobre todo, para mí.

Karah no respondió. Su ánimo se había conturbado ante el desprecio, el odio y la ambición que manifestaba Fiahlore en sus palabras.

Fiahlore volvía ya a hablar, cuando Karah la atajó con un gesto enérgico:

—Escúchame con atención, Fiahlore: no debes esperar que nuestra anciana Antar-Re te encomiende la jefatura de la misión. Eso está decidido ya: yo seré jefe de las Diez Elegidas.

Fiahlore miró a Karah, incrédula. Súbitamente, su rostro se crispó y sus brazos se agitaron en un paroxismo de salvaje violencia. Incluso sus dientes rechinaron y sus ojos se volvieron blancos.

Luego, un llanto sincopado y furioso la agitó durante unos minutos, mientras la joven se cubría el rostro con sus rojos cabellos, tan brillantes como el *tholt.*

La piedad se apoderó del corazón de Karah. Sentóse junto a Fiahlore y acarició suavemente sus cabellos.

—No debes desesperar, Fiahlore —murmuró, emocionada—. Yo seré para ti como... una hermana.

Fiahlore apartó los cabellos de su rostro y la miró humildemente. Fingía. Disimulaba con todas las potencias de su ser, ponía toda su voluntad en doblegar su orgullo, en dominar su rabia y su impotencia.

—Eres noble, Karah —sonrió débilmente—. Y tienes razón: tú sabrás cumplir mejor que yo con la misión que la Excelsa nos ha encomendado. Perdóname... Desde ahora seré tu mejor amiga y servidora.

—Así Jo espero —respondió Karah, con sencillez.

Inclinó el rostro y rozó con su fina barbilla la frente de Fiahlore, según la costumbre hirkita que expresaba afecto y ternura. Luego volvió a su lado y descansó.

Fiahlore se durmió en seguida. O, al menos, lo fingió a lá perfección.

No dormía. Fiahlore velaba con los ojos entornados. El odio se, había acrecentado en su corazón, porque era cruel y ambiciosa.

* * *

Las Diez Elegidas habían sido llevadas a la Cámara de los Misterios, guiadas por Bedah-Shi. Pero Antar-Re no se encontraba allí.

Durante tres meses las diez mujeres habían recibido el sumo conocimiento a través de la anciana y sagaz reina.

Bedah-Shi las había dejado solas y ahora las mujeres aguardaban expectantes con el espíritu atento y dominadas por la ansiedad.

¿Dónde estaba Antar-Re? ¿Dormía, acaso?

Karah sabía que la anciana no dormía jamás, pero conocía la existencia del *crotl,* el aparato que mantenía viva a la reina.

De repente, la imagen del globo azulado se borró y una voz metálica resonó en algún lugar próximo:

—¡Escuchadme, escuchadme, oh, Elegidas! ¡Os habla vuestra reina, Antar-Re!

Un murmullo de asombro brotó de los labios de las jóvenes, pero la voz profunda y grave de la reina seguía imponiéndose sobre cualquier otra manifestación:

—Conocéis vuestra misión. Karah es vuestro jefe, aunque cada una de vosotras tiene asignada una labor importante y trascendente... ¡Nuestro objetivo es arrasar la superficie de la Tierra y exterminar a sus habitantes! Sólo diez hombres, que vosotras mismas escogeréis, podrán salvarse del colosal cataclismo...

Karah escuchaba atenta, aunque sobrecogida de espanto.

—Karah irá a los Estados Unidos de América y provocará el disparo de dos proyectiles atómicos intercontinentales, uno de los cuales caerá sobre Rusia y el otro sobre China. Las nobles Wanshe y Qu descenderán sobre Rusia, como Swatl y Jendra lo harán sobre la China comunista. También a ellas he asignado misiones fundamentales: anular las instalaciones de intercepción de proyectiles, de forma que los cohetes disparados por Karah alcancen de forma fulminante sus dos objetivos. Conozco a los terrestres y adivino su reacción: Rusia y China desencadenarán inmediatamente la guerra nuclear y los Estados Unidos responderán al contraataque. Será el apocalipsis para los hombres de la Tierra... El planeta quedará arrasado por muchos años...

Karah suspiró, horrorizada, a pesar suyo.

—Pero no olvidéis vuestro principal objetivo: antes de provocar el cataclismo, cada una de vosotras habrá escogido a un terrestre, a los cuales transportaréis en vuestro vehículo hasta esta astronave. Serán diez hombres seleccionados: inteligentes y sanos, pues de ello dependerá que nuestra estirpe sobreviva por los siglos de los siglos.

Las diez jóvenes permanecían extasiadas, sin permitirse el más leve gesto.

—Os concedo una hora para encomendaros a nuestro dios, Krison-

Re —terminó Antar-Re—. He ordenado que la cámara sagrada esté a vuestra disposición durante ese tiempo. Que Krison-Re os proteja y os conceda fuerzas para cumplir vuestra misión y dominar vuestras pasiones. Yo os seguiré en vuestro viaje con el corazón. No olvidéis que sois la esperanza de la raza hirkita. ¡Id, ahora!

La puerta circular se abrió y las jóvenes abandonaron la cámara.

Los pasillos que conducían hasta el templo de Krison-Re estaban desiertos, pues Antar-Re había ordenado a todas las restantes mujeres hirkitas que dejaran libre aquella zona.

Precedidas por Bedah-Shi, las Diez Elegidas penetraron en la cámara sagrada.

Karah se postró y miró con unción el triángulo rojo que representaba a la deidad. Fiahlore se arrojó al suelo junto a ella.

El espíritu de Karah quedó en libertad por un tiempo inconmensurable, entregado a la contemplación de Krison-Re.

Cuando al fin abrió los ojos, comprobó que Fiahlore había desaparecido. Entonces abandonó el lugar y avivó el paso.

A través de la Cámara de los Misterios, alcanzó la cabina superior. Y allí encontró a Fiahlore.

Se encontraba en un rincón. Sobre una mesa, Fiahlore había encendido un pequeño pebetero y arrojaba sobre las brasas delgadas barras de *bawk,* una sustancia aromática destinada al culto de Krison-Re, el dios del Bien.

Pero la estatuilla a la que Fiahlore estaba adorando no era la del bondadoso Krison-Re, sino la panzuda y terrorífica imagen de Wasoun-Gri, el dios del Mal.

Karah exhaló un chillido de horror y ocultó el rostro sobre las ropas de su lecho, mientras Fiahlore respingaba, sobresaltada, y guardaba apresuradamente la estatuilla de Wasoun-Gri.

CAPITULO V

La noche había caído ya sobre el mar y las sombras envolvían a la embarcación, anclada a media milla de la costa.

Dentro del yate, dos personas jugaban una partida de naipes sobre una mesa plegable.

Sobre la mesa había una botella de whisky, un vaso y una vajilla de cristal que contenía cubitos de hielo.

Eran una mujer de edad avanzada, elegante y de serena expresión, y un hombre joven, atlético, muy moreno.

La noche, calmosa y tibia, invitaba a permanecer largo tiempo despierto, aunque ni el hombre ni la mujer parecían muy atentos al juego.

En el techo, un ventilador zumbaba suavemente agitando los cabellos sueltos y brillantes del hombre.

La mujer alzó sus ojos azules y miró al hombre con cariño.

—Deberías tomarme en serio, hijo. Creo que ha llegado el momento de buscarte una esposa —dijo.

—¿Otra vez, mamá? —se burló Ralph—. Ya sabes lo que pienso: viviremos juntos por mucho tiempo. No, no pienses que permanezco soltero porque me crea en el deber de cuidar de ti. Me encuentro bien así: eso es todo.

—Pero ¿eres feliz, hijo? —preguntó la madre, con interés.

—Feliz, sí. A mi manera.

—¿A tu manera? Comprendo. Quieres decir que no necesitas atarte a una mujer mientras tengas a tu alcance a jovencitas que acepten tus galanteos, ¿no es cierto? No, Ralph. Una esposa es algo distinto. Piénsalo bien, hijo. Tienes treinta y dos años, un porvenir asegurado, sin contar tu herencia ni los bienes que me pertenecen y serán tuyos cuando yo muera...

Ralph apagó el cigarrillo con un gesto brusco.

—Vamos, mamá, no conseguirás enternecerme con tu argumento favorito. Sé que vivirás muchos años aún. En cuanto a casarme... Definitivamente, no. Te he obedecido casi siempre..., excepto cuando fui voluntariamente al Vietnam. No me gustaba ser funcionario del Estado, pero tú te empeñaste en utilizar tus relaciones sociales para conseguir que yo fuera admitido como ingeniero en una unidad de alerta y control aéreos..., cuando yo prefería enseñar técnica electrónica en cualquier escuela superior. Pero tú...

Nancy Harrison sonrió. Era evidente que se sentía muy satisfecha de su único hijo.

—De todas formas, creo que debieras... —empezó a decir la señora Harrison.

Pero Ralph la obligó a callar, con un gesto.

-¿Qué?

—Calla, por favor. He oído algo...

Callaron. Pero durante unos segundos sólo pudieron escuchar el zumbido de las aspas del ventilador y el rítmico golpear del mar sobre las bordas del yate.

De repente se dejó oír un zumbido potentísimo, vibrante y desagradable que hería los oídos.

—¡Dios santo, Ralph! ¡Ese zumbido...! —gimió la señora Harrison, llevándose las manos a los oídos, dolorida y angustiada.

Ralph tuvo que imitarla, en seguida. Asombrado, incrédulo y despavorido, vio cómo su madre caía desvanecida hacia atrás.

Saltó con presteza y la recogió de la cubierta antes de que ella se golpeara contra el piso. Entretanto, el zumbido, ensordecedor, continuaba, más próximo, más potente...

Las facciones de Ralph Harrison se tensaron y sus ojos se desorbitaron. Avanzó como un borracho y consiguió depositar el cuerpo de su madre y tapó el rostro y los oídos de la mujer con una almohada, tras lo cual volvió, tambaleante, a cubierta.

El horrísono zumbido cesó de repente. Sonó un sonoro *shaaap,* y luego todo rumor cesó.

Liberado del intenso dolor que traspasara su cerebro, Harrison se apoyó en la borda de popa y oteó las oscuras aguas.

A una milla de distancia, y en !a misma línea en que se encontraba anclado el yate, una turbulencia extraña y poderosa agitaba el mar.

«Algo ha caído de lo alto», pensó.

Las inmensas olas fueron desvaneciéndose progresivamente hasta que algunas ondas de escasa potencia agitaron el casco del yate.

Muy intrigado, Harrison contempló el mar durante unos minutos, tras lo cual descendió hasta la cabina y se aproximó a la litera en la que yacía su madre.

Nancy había abierto los ojos y se restregaba los párpados como si acabase de ahuyentar la más horrible pesadilla.

—¿Qué fue..., qué ocurrió, Ralph? —preguntó.

—No lo sé. Jamás he oído un zumbido tan extraño... Mis tímpanos parecían a punto de estallar. Pero luego todo rumor cesó. Me asomé... Se diría que algún objeto de gran, tamaño se ha precipitado sobre el mar desdelo alto, tal vez un avión de pasajeros. Pero, dime..., ¿te encuentras bien, madre?

—Sí... Pero creo que deberíamos avisar a las autoridades. Puede tratarse de una tragedia horrible, hijo —murmuró la señora Harrison.

—Avisaré por radio a la comandancia naval. Espérame. Estaré contigo en pocos minutos.

Subió a cubierta y penetró en la cabina del puente. Conectó la radio, consiguió comunicación con un escucha de la comandancia, dio su nombre, matrícula de la embarcación, su posición frente a la costa y relató lo sucedido.

Salía de la cabina más calmado, cuando creyó escuchar un grito estridente.

Apoyado sobre la borda, tornó a escrutar la superficie del mar, espejeante a intervalos. Pero no consiguió ver nada.

«Parecía un alarido femenino», pensó.

Bruscamente se separó de la borda y volvió junto a su madre.

—No te alarmes —rogó—, pero creo que alguien ha gritado en el mar. Voy a lanzarme al agua y a nadar hacia el lugar donde se produjo esa extraña turbulencia. Quizá mi ayuda pueda ser útil a alguna persona en apuros.

—Pero no puedes dejarme, hijo.

—Por favor, debes comprenderlo; alguien debe estar a punto de ahogarse. Confía en mí, sabes que soy un buen nadador —respondió Ralph, inquieto.

Abandonó la cabina antes de que su madre pudiera responder. Arriba se desprendió de su ligero suéter y del pantalón y saltó al agua.

Nadó con brazada rápida y potente. Habría avanzado una milla sobre la oscura superficie del mar, se encontraba justamente sobre el lugar donde advirtiera la rara y potente turbulencia de las aguas.

Todo estaba en silencio. No flotaban sobre el agua restos de una nave ni objetos de ninguna clase… ¿Cómo era posible?

Ralph se sostuvo verticalmente a flote con el movimiento de sus piernas y aguardó.

Entonces oyó con nitidez el chapoteo de unos brazos, el bulto de un cuerpo que se alejaba a nado en dirección a la playa.

Lleno de asombro, nadó con vigor en pos de aquella… ¿persona? No pensaba entonces en los tiburones que infestan las aguas de la costa de Florida. Sólo ansiaba despejar aquella incógnita… ¿Qué había ocurrido en el mar, quién era la persona que nadaba a buen ritmo hacia la playa?

Al fin, las piernas de Harrison rozaron la arena dorada de la playa. Emergió del agua, resoplando, y avanzó, despacio, hacia la orilla.

* * *

Karah emergió del mar y respiró con ansia. El aire, rico en oxígeno, le produjo una leve y pasajera borrachera.

Junto a ella apareció poco después Fiahlore, que respiraba

jadeante, aterrada y temblorosa.

—¡Karah! —gimió, miedosa—. ¡Hay... tanta agua! Yo... sólo había visto un estanque a bordo de la astronave. Pero aquí... El mar...

—Cállate, no debes tener miedo. Aprendiste a nadar, ¿lo recuerdas? Sabes mover tus brazos y piernas, puedes mantenerte a flote. Empuja el equipaje frente a ti, apóyate sobre él. ¡Así! Vamos a nadar hacia allá.

Nadó con fuerza, sin volverse atrás. A la derecha, una milla más allá, brillaban las luces de posición del yate de los Harrison.

Pero, súbitamente, Fiahlore dejó escapar aquel alarido estremecedor.

Karah se detuvo, helada de espanto. Más allá, Fiahlore nadaba a manotazos, torpe y desmañadamente, olvidando atrás su equipaje.

—¡Detente! —ordenó Karah—. ¿Qué..., qué está ocurriendo?

—¡Algo..., algo me ha rozado las piernas y ha herido mi piel! ¡Algo repugnante y...!

La voz de Fiahlore se extinguió y Karah sintió que todo su ser se estremecía de terror.

Aquel mundo extraño al que acababan de arribar podía encerrar mil peligros desconocidos, mil posibilidades de muerte.

A pesar de todo, nadó rápida hacia Fiahlore, deseosa de ayudarla. Y fue entonces cuando la piel áspera como lija del tiburón rozó uno de sus muslos.

Karah gritó de dolor, tragó agua y se aferró a su equipaje. Luego, desesperadamente, atenazó su *dubl* (1) y se sumergió.

(1)Pistola electrónica capaz de disparar rayos paralizantes.

Vio la confusa silueta de Fiahlore que se debatía arriba, dominada por el más intenso espanto. Y vio también la forma alargada, hidrodinámica, del tiburón, que se aproximó velozmente, simuló acometer y se alejóraudo.

En aquel momento, Karah recordó, horrorizada, a los animales de

la granja de a bordo, siempre inmóviles, exhalando débiles gemidos, como enormes masas de carne, incapaces del menor movimiento.

El tiburón no era así. Se trataba de un animal sanguinario, veloz, casi una sombra oscura y amenazadora, presta al ataque.

De repente, el escualo surgió a su espalda con un destello plateado. Karah giró con presteza y, cuando el monstruo la rozó, apretó el *dubl*.

Surgió un resplandor lechoso que envolvió al tiburón y el animal se agitó violentamente por un momento y luego quedó inmóvil flotando entre dos aguas, paralizado,inofensivo ya.

Fiahlore chapoteaba muy cerca cuando Karah tornó ala superficie.

—Vamos, nada delante de mí hacia aquella zona más clara —ordenó Karah, enérgica. Y Fiahlore obedeció.

Al fin, las dos jóvenes alcanzaron la playa y arrastraron sus equipajes sobre la arena húmeda en dirección a la línea de cocoteros que alzaban sus copas sobre el horizonte.

Fiahlore se rezagaba, se quedaba atrás. ¿Qué le sucedía?

Karah se detuvo y volvió la mirada hacia el mar. Y entonces advirtió la figura del ser que nadaba rítmicamente sobre la superficie del agua en dirección a la playa, en pos de Fiahlore. ¿Otro peligroso monstruo marino?

Nerviosa, desenfundó su *dubl* y se agachó. Estaba dispuesta a repeler el peligro.

—¡Fiahlore! —exclamó, sin alzar la voz—. ¿Qué esperas? ¡Corre hacia acá!

Pero Fiahlore no le prestó atención. Se había dejado caer sobre la arena tibia y esperaba.

El ser que se movía sobre el agua emergió al borde de la playa y Karah, muda de asombro, lo vio... ¡Era un Ka, un hombre...!

Una emoción desconocida la asaltó. Sus labios temblaron y su bellísima espalda se estremeció en un violento escalofrío.

El hombre chorreaba agua y caminaba en dirección a Fiahlore. Viéndole avanzar, los músculos de Karah se tensaron. ¿Qué se

proponía el apuesto Ka?

Desde donde se encontraba, Karah podía utilizar su *dubl* v matar o paralizar al Ka. Pero no lo hizo. Inmóvil, silenciosa, invadida por una extraña sensación, escuchó !as palabras del hombre, dirigidas a Fiahlore.

Su compañera no parecía temer nada de aquel extraño, del Ka al que las dos mujeres contemplaban por primera vez en su vida.

Harrison estaba inclinado sobre Fiahlore.

—¿Se encuentra bien, puedo ayudarla? —inquirió, aún jadeante.

Fiahlore quedó muda de asombro y de admiración. La silueta elevada del Ka se alzaba ante ella, exultante de poder físico y de viril apostura.

—¡Es…, es un Ka! —exclamó, incorporándose de un salto.

Ralph la contempló, a su vez, admirado. La persona que tenía ante sus ojos era una mujer rubia, joven, bellísima. Los cabellos rubios y largos estaban secos y brillantes, a pesar de que la mujer acababa de salir delagua.

Harrison tragó saliva. Jamás había podido contemplar una muchacha más plena de belleza y de perfección.

Advirtió que la mujer le tocaba con su mano y se envaró. Quiso decir algo, tal vez disculparse y luego huir, pero ni una sola palabra salió de sus labios.

—¡Eres un hombre, un verdadero hombre! —murmuraba Fiahlore.

Harrison hundió su rostro en los dorados cabellos de la muchacha y se dejó caer sobre la arena tibia.

CAPITULO VI

Amanecía. La señora Harrison aguardaba en cubierta, muerta de miedo, dominada por la desesperación.

Al fin, abajo, en la borda, sonó un chapoteo. Poco después, Ralph subía a cubierta.

—¡Ralph! —gimió su madre, abrazándole trémula—. ¡Oh, Ralph, Ralph, hijo mío! ¡Al fin has vuelto! ¡Temí tanto por...! Bueno... Apenas puedo hablar...

Harrison no dijo nada. Pero luego se desprendió de los brazos de su madre sin violencia y descendió al camarote.

Cuando Nancy bajó en pos de él, le encontró en el pequeño cuarto de aseo, restregándose el cuerpo con una

gran toalla de baño.

—Una lancha guardacostas llegó hace tres o cuatro horas —explicaba la señora Harrison, aún nerviosa—. Querían hablar contigo, pero les expliqué que habías intentado encontrar algún vestigio del accidente. Fueron a investigar, pero no debieron encontrar gran cosa, puesto que poco después se alejaron.

Advirtiendo que Ralph mantenía el semblante hosco! e impenetrable, le tomó por los brazos y suplicó:

—Por favor, hijo, di algo. He pasado las horas más negras de mi vida temiendo por tu vida. Están los tiburones... Los de la lancha guardacostas me lo dijeron: encontraron un gran tiburón flotando sobre las aguas. Y, cosa rara, no parecía herido, a pesar de que el animal estaba muerto, ¿sabes?

Ralph se volvió bruscamente hacia su madre y Nancy lanzó un grito de espanto.

El rostro de su hijo aparecía crispado en un rictus sombrío, lejano.

—Cállate, madre —dijo él, brusco.

Nancy se calló todas las preguntas que tenía a flor de labios.

* * *

Era una pelirroja preciosa, bellísima. Vestía un traje de punto muy ajustado, que revelaba el provocativo busto y la esbelta curva de las caderas.

El vestido era muy corto y permitía ver unos muslos bronceados, maravillosos, perfectos.

La joven se comportaba de forma tímida e indecisa desde el instante en que penetrara en la tienda del judío Aarón Hartmann.

—Bien, usted dirá —dijo Hartmann, tras el largo examen de que había hecho objeto a la bellísima joven.

—Quiero…, quiero vender algo —dijo Karah.

—Enséñemelo y veremos —respondió el hombre, cauto.

La joven abrió su bolso y puso sobre el mostrador tres lingotes de oro puro.

—¡Oro! ¡Oro purísimo! —exclamó Hartmann, codicioso.

Tomó una de aquellas barras, la sopesó, la miró, la remiró e incluso la mordió.

—Es oro. Oro auténtico —volvió a repetir.

—Sí —dijo Karah, con naturalidad.

—Pero, señorita, el oro no puede venderse así como así. Es preciso…

La mujer no le dejó seguir protestando.

—Devuélvamelo. Lo venderé en otro sitio —dijo, resuelta.

El judío palideció.

—¡Oh, no, no;de ninguna manera!Quiero decir… Bien, ¿de quién es este oro? —Mío, naturalmente.

—Suyo —murmuró Aarón, nervioso—. Está bien, se lo compraré. Supongo que cada lingote pesa unos tres kilos. Le daré... Hum... Sí. Le daré seis mil dólares por los tres —ofreció, espiando la expresión de la mujer. Karah denegó en seguida.

—No aceptaré ese precio. Conozco la cotización del oro y sé que lo que me ofrece es una miseria. Los tres lingotes valen unos... veinte mil dólares. Deme catorce mil y podrá quedárselos.

—Pero, señorita, ¡yo debo correr un gran riesgo al comprar estas barras! Si fuera robado, la policía...

—No es robado —le interrumpió la pelirroja, con gran energía—. Es mío.

Hartmann volvió a palpar los lingotes, avaricioso. Buscó un frasco de ácido, probó la pureza del metal y asintió, complacido. No pudo encontrar en los lingotes el sello del Departamento del Tesoro, ni las marcas habituales de las compañías auríferas. Por el contrario, sí pudo advertir unos raros signos indescifrables. Finalmente, Hartmann se decidió. —Le daré los catorce mil, señorita —dijo, tras tragar saliva—. Pero necesito su nombre. Tomaré nota. Nunca se sabe...

—Me llamo Karah.

—¿Karah? Suena extraño, exótico. Pero supongo que deber tener también un apellido —observó el judío, suspicaz.

—Karah... Karah Smith —afirmó la mujer, tras una leve indecisión.

—Smith —repitió el prestamista, escribiendo la palabra con exquisito cuidado—. Le advierto que si el oro es robado...

—No perdamos el tiempo, Hartmann —le cortó lamujer, con brusquedad—. Ya le dije que el oro es mío. Deme el dinero. Tengo prisa.

—¡Sí, sí; voy a por él!

Tomó los lingotes, los guardó en su caja fuerte y contó despacio catorce mil dólares, que ofreció en seguida a Karah.

La mujer observó los billetes y volvió a dejarlos sobre el mostrador.

Sus ojos chispeaban, coléricos, cuando exclamó:

—No intente engañarme otra vez, Hartmann; ese dinero es falso.

Hartmann palideció. ¿Cómo había podido comprobar la falsedad del dinero aquella guapa jovencita en solo unos pocos segundos..., cuando aquellos billetes formaban parte de una casi perfecta falsificación?

Absolutamente desconcertado recogió el dinero, lo guardó con ademanes torpes y nerviosos y sacó otro fajo, del que apartó catorce mil dólares en moneda legítima.

Karah apenas dirigió una ojeada a los billetes abiertos en abanico sobre el mostrador, los recogió y, sin pronunciar una palabra, abandonó la tienda..

En la calle, Karah se dirigió hacia la próxima parada de autobús. Las miradas de tres jóvenes gamberros la siguieron con ansia mal disimulada.

El autobús llegó unos minutos después y Karah subió a él. Quince minutos después descendía en Daytona Beach y caminaba aprisa por la soleada avenida que conducía al muelle de pescadores.

Se detuvo, ya en el muelle, a la altura de una vieja lancha de pesca. Sobre la cubierta de popa, un individuo delgado, barbudo y descuidadamente vestido pintaba un extraño cuadro cubista.

La embarcación se balanceó, cuando Karah saltó ágilmente sobre cubierta.

—Estoy aquí, señor Denison —dijo.

El hombre se volvió hacia ella, dejó la paleta y los pinceles y se acercó.

—Bien, ¿qué quiere? —preguntó.

—Ya lo sabe.

—¿Tiene el dinero? Ya sabe mi precio: cinco mil dólares, ni un centavo menos. Si he de volver a la cárcel, quiero disponer de algunas comodidades allá —respondió Denison, cínico.

—La cárcel... —murmuró Karah, distraída. Y añadió—: Desde luego, tengo los cinco mil dólares. Pero quiero los documentos que

lehe pedido. No un simple documento de identidad o un permiso de conducir. Necesito mi historia, completa. Tendrá que falsificar las actas del registro civil de Fairbanks, en Alaska. Y testimonios de algunos ciudadanos sobre mi honorabilidad y otros detalles. Imagínese que acabo de nacer y tengo que buscarme un nombre, una personalidad completa. Usted puede hacerlo, señor Denison: sé que es el mejor falsificador de todos los tiempos.

Denison movió la cabeza, indeciso.

—Es demasiado dificultoso. Tendré que viajar, pagar o sobornar a otras personas, realizar enormes gastos... —opuso.

—Tengo todo el dinero necesario —respondió Karah con sencillez.

Denison apartó de sus labios la vieja cachimba y volvió a mirar a Karah. Con deseo, admiración y curiosidad.

—Lo haría sin cobrarle un céntimo —confesó con voz ronca—. Ya sabe a cambio de qué.

Karah le devolvió una mirada fría e indiferente. Cierto que los Ka, los hombres, la atraían mucho. Incluso sabía que Fiahlore había conocido ya a algunos de ellos. Pero Karah no lo haría, porque por encima de todo estaba la voluntad de Antar-Re y la misión que le había encomendado.

Debía ser fuerte, dominar y vencer a sus instintos.

—No quiero ser grosera con usted, señor Denison... porque le necesito mucho. Sólo he venido a proponerle un buen negocio. Le entregaré ahora mismo seis mil dólares y tendrá mucho más después. Le pido, por favor, que consiga lo que le he pedido. Por cierto, también necesito certificados que acrediten que soy analista de aparatoselectrónicos.Nosearrepentirá,selo prometo.

Vaya o no a la cárcel, podrá disponer de mucho dinero, señor Denison. ¿Acepta?

Denison lanzó una carcajada.

—¡Qué remedio! —exclamó—. Lo haré. Usted me atrae mucho, Karah. Esos cabellos rojos como el cobre, esa llamarada que parece arder en lo más profundo de sus ojos oscuros. ¿Le han dicho alguna vez que existe un salvaje contraste entre sus cabellos y sus ojos?

Antes de que la mujer pudiera impedirlo, Denison había saltado sobre ella e intentaba besarla locamente.

Karah apenas movió su brazo derecho. Pero Denison salió despedido espectacularmente y chocó contra la borda de la embarcación a punto de caer al agua.

El hombre quedó inmóvil, despatarrado sobre cubierta y gimiendo sordamente. Entonces Karah se aproximó a él y le ayudó a levantarse.

—¿Le hice daño, señor Denison? —preguntó tímida.

El hombre frunció los labios, arrojó un escupitajo de sangre al mar y pareció dispuesto a estallar en palabrotas. Finalmente, sin embargo, volvió a reír a carcajadas.

—No sé si pensar que es usted. ¿Un ángel, un diablo? —comentó, mirándola fijamente—. Tiene una fuerza descomunal…, ¿dónde aprendió a luchar?

—Bien. No perdamos el tiempo, señor Denison. ¿Acepta el trabajo que le he encargado? Por favor —rogó, sacando algunos billetes.

Denison se apresuró a tomarle el dinero de las manos.

—No tendrá que buscar a otro —afirmó—: Yo obtendré para usted todos los documentos que desea…, aunque ello me cueste diez años de prisión… Quiza algún día quiera confiarme para qué necesita esa falsa historia.

—Quizá —respondió Karah. Y separándose de Denison, saltó al dique.

El hombre la siguió con la vista hasta que ella desapareció.

—Daría diez años de prisión a cambio de veinticuatro horas con esa mujer —murmuró. Y volvió a tomar los pinceles.

* * *

Antes de penetrar en la Base, Ralph Harrison prendió su tarjeta de identificación sobre su chaqueta.

Condujo su «Cooper» hasta la verja y el centinela le dejó el paso libre. Un suboficial se acercó, como siempre, a comprobar su tarjeta y alzó su brazo como contraseña a los vigilantes armados que montaban guardia a pocospasos.

Las medidas de seguridad en la Base eran exhaustivas, a prueba de espionaje o sabotaje: dentro del recinto, todo el personal debía llevar claramente visible su tarjeta plastificada de identidad.

Las instalaciones estaban constituidas, aparentemente, como una Base de Alerta y Control y estación de seguimiento de naves espaciales. Pero el recinto de la Base albergaba algo mil veces más importante.

En el subsuelo se ocultaban los silos atómicos. Subterráneos que albergaban centenares de proyectiles intercontinentales dotados de cabezas atómicas y capaces de hacer blanco a diez millas de distancia.

Europa, Asia, África... incluso Oceanía estaban al alcance de los proyectiles intercontinentales ocultos con todas las medidas de seguridad posibles.

Ni siquiera los oficiales y los soldados que montaban guardia conocían el verdadero objeto de aquella Base.

El complejo mecanismo electrónico de disparo de los misiles exigía una periódica y cuidadosa revisión. Aquélla era precisamente la misión del ingeniero Harrison.

Aquella mañana, Harrison dejó su «Cooper» en el aparcamientoysedirigióhacialas instalacionesderadar.

Se sentía como sobre ascuas desde que una semana antes ocurriera aquel extraño fenómeno junto a la costa de Florida.

Nada había contado a su madre sobre su encuentro con aquella extraña mujer rubia llamada Fiahlore.

Fiahlore, Fiahlore..., ¿de dónde podría provenir un nombre tan raro? Harrison había consultado diccionarios, pero no había encontrado aquel nombre en ningún libro.

Cada vez que recordaba su encuentro con aquella mujer se sentía profundamente turbado. A pesar de lo cual, ansiaba volver a verla.

De nada había servido recorrer la ciudad de Daytona Bach de

extremo a extremo, indagando en hoteles, pensiones o cafeterías. Todo resultó inútil.

¿Qué extraño fuego corría por las venas de aquella mujer?

¿Por qué ansiaba volver a encontrarla? Era diabólicamente absorbente, feroz como un tigre, pero ¡tan definitivamente atractiva!

Harrison se detuvo ante las instalaciones de radar. —Debo olvidarme de ella como de una pesadilla —se dijo.

Penetró en el edificio y se entrevistó con el capitán McGregor.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó inmediatamente.

—¿Te refieres al suceso registrado en la costa? —respondió McGregor—. Bien, no tengo mucho que decir. Los hombres-rana de la Armada han reconocido toda la costa. Es cierto que observaron algo muy extraño: una especie de hendidura colosal en el fango, como la huella que podría dejar el casco de un gran barco hundido durante muchos años. Como más allá comienza la cornisa atlántica y la profundidad es muy grande, nuestros submarinistas no pudieron seguir investigando. Una investigación a fondo sólo podría conseguirse utilizando un batiscafo, pero es muy improbable que las autoridades navales se decidan a continuar con la exploración.

—Es inaudito —murmuró Harrison—. Una hendidura... Yo oí un tremendo e insoportable zumbido y mi madre cayó desvanecida. Cuando subí a cubierta, vi con mis ojos las tremendas olas que se alzaban a una milla de distancia... a pesar de que el mar había permanecido en calma durante todo el día. Pero hay más: los aparatos de seguimiento de la Base detectaron la aproximación de un cuerpo extraño que se acercaba a la costa a la velocidad Match-4.

—Tienes razón, es extraño —admitió el capitán McGregor—. Sin embargo, Bertrand Hall, el meteorólogo, ha apuntado la posibilidad de que se tratase de un meteorito de grandes proporciones que se hubiera desintegrado al pasar bruscamente del rojo vivo a la inmersión profunda en el mar. Y eso, en definitiva, lo explicaría todo.

—Quizá —respondió Harrison, lacónico. Tras lo cual murmuró un saludo y abandonó la sección.

El sargento Waterman le detuvo en el exterior.

—El intendente quiere verle, profesor —dijo.

—Gracias, sargento; voy para allá —respondió el ingeniero, distraído.

Poco después se entrevistaba con el teniente coronel Donovan Brown, intendente general de la Base.

—¡Ah!, profesor Harrison —exclamó Brown al verle entrar—. Buenas noticias para usted: su petición ha sido autorizada. Tendrá un ayudante, un analista electrónico. Como siempre, la compañía suministradora de personal se encargará de la selección, puesto que tenemos algunas ofertas. Dentro de una semana podrá contar con su ayudante. ¿Piensa bajar a los silos?

Harrison se alzó de la silla sobre la que se había dejado caer.

—Sí. Tras la alarma de la pasada semana, el coronel Bradley ha dispuesto que las baterías sean revisadas a diario —respondió.

—Bien. Avisaré al mayor Monroe.

Minutos más tarde, Harrison tomaba el ascensor que conducía hacia las profundidades de los silos. Le acompañaba el mayor Monroe.

Ralph no simpatizaba mucho con Monroe, aunque ambos mantuvieron una relación fríamente cortés. Lo cierto era que las ideas belicistas del mayor no cuadraban demasiado con el espíritu abierto y pacífico del profesor Harrison.

Cuando todos ansiaban la paz, cuando la amenaza de la guerra total se cernía como una sombra dramática sobre la Tierra, Monroe parecía ansioso porque se presentase la ocasión de demostrar el poderío atómico de Estados Unidos.

Pero Harrison, por su parte, era un enamorado de la vida. Y, por tanto, partidario de la convivencia pacífica entre los seres que pueblan la Tierra. Todo lo cual le llevaba a detestar al mayor Monroe.

A veces, Harrison se sentía dominado por el pavor al considerar la diabólica potencia destructiva almacenada en los silos nucleares.

Afortunadamente, cualquier posibilidad de error había sido descartada en aquellas instalaciones, porque innumerables precauciones rodeaban la mortífera máquina de destrucción.

A los silos no se podía acceder sino a través del monta-cargas-ascensor. No existían escaleras ni ningún otro acceso practicable.

El ascensor, a su vez, era un mecanismo muy complejo: sólo se ponía en marcha mediante una combinación de letras y números. Exactamente como una segura arca de caudales. La combinación, naturalmente, era conocida por muy pocas personas: sólo el coronel Bradley, el mayor Monroe y el profesor Ralph Harrison.

Por lo demás, el funcionamiento del ascensor estaba asegurado en cualquier momento por tres distintas fuentes de energía.

Harrison olvidó sus pensamientos cuando el ascensor se detuvo suavemente.

Monroe fue el primero en salir. Tras él salió Harrison, que se dirigió inmediatamente al laboratorio central, a través del pasillo A.

El plano de la instalación venía a ser el dibujo de una flor de nueve pétalos. El pasillo A era uno de estos pétalos: llevaba directamente al centro o corola de la flor, donde se encontraban el laboratorio, y los puestos de control y de disparo.

Los restantes túneles, de diversas longitudes, conducían hasta los ocho silos atómicos, donde se alojaban otras tantas baterías de proyectiles intercontinentales y de intercepción.

Cuarenta metros por encima del túnel A estaba… el campo de golf. Cada una de sus colinas artificiales correspondía a un silo.

En el instante en que fuera preciso disparar proyectiles atómicos, el verde césped de las colinas se rajaría espectacularmente y las baterías serían elevadas a la superficie merced a potentes elevadores hidráulicos.

Un juguete ingenioso, infalible y… terrible.

Monroe abrió la puerta del laboratorio y cedió el paso a Harrison.

El centro de la mortífera *flor* estaba dividido en tres grandes compartimentos de idénticas dimensiones. Uno era el laboratorio-taller, el otro el *Checking-Test* o sala de comprobaciones y el tercero el puesto de disparo.

Harrison penetró en el *Checking-Test* y descolgó el teléfono.

—¿Brown? Harrison al habla. Necesito fuerza —ordenó.

No había energía eléctrica —exceptuando la de las lámparas del

alumbrado— hasta el momento en que el teniente coronel Brown escuchaba la voz del profesor Harrison en el teléfono, lo que suponía una más de la interminable lista de precauciones adoptadas alrededor de los silos.

En cuanto obtuvo la energía eléctrica que necesitaba, Harrison realizó una serie de comprobaciones rutinarias en los aparatos de control de la sala, pues para tener siempre a punto las baterías era preciso comprobar incesantemente el buen estado de los circuitos y elementos electrónicos de dirección, elevación y disparo.

Monroe le observaba sin mucha atención, porque también el mayor conocía a fondo el funcionamiento de aquellos aparatos.

De repente, Harrison murmuró una exclamación.

—¿Ocurre algo? —preguntó el mayor.

—Eso temo. La batería del silo Cuatro no responde

a la llamada del *Checking-Test.* Tendremos que ir allá a comprobarlo —respondió el ingeniero.

Monroe descolgó el teléfono y ordenó que la fuerza eléctrica fuera desconectada.

Abandonaron la cabina central y tomaron el pasillo E, que conducía al silo número Cuatro.

Poco después se detenían ante una gran puerta blindada de acero y Monroe franqueó el paso.

Entraron. Se encontraban en un receptáculo rectangular de cincuenta metros de longitud por treinta de anchura.

Allí, simétricamente ordenados sobre la plataforma del montacargas dormían su dueño de muerte y destrucción cincuenta proyectiles atómicos intercontinentales.

Harrison se dirigió al *controller* montado sobre ruedas situado en el centro del silo y abrió una tapa metálica.

Con el aparato electrónico que llevaba en la mano realizó diversos contactos de comprobación en los circuitos.

Súbitamente su rostro se animó:

—¡Aquí! ¡Aquí está! —exclamó.

—¿De qué se trata? —preguntó Monroe, indiferente.

—Un diodo de germanio suelto. La soldadura es deficiente y se ha desconectado: tendré que soldarlo de nuevo —explicó el ingeniero.

La pequeña avería quedó subsanada antes de la hora del almuerzo. A las doce treinta, Monroe y Harrison volvían a la superficie en el ascensor.

Ralph abandonó el edificio de la Intendencia y fue a almorzar al restaurante de la Base.

Pidió un fuete con ensalada y comió en una mesa próxima al ventanal.

Masticaba sin apetito porque la obsesión seguía dominándole. Pensaba constantemente en Fiahlore: la silueta esplendente de aquella bella mujer volvía a corporeizarse una y otra vez en su mente.

—¿Qué es lo que me ocurre? —Se preguntó—. Antes era feliz, me sentía tranquilo y lleno de entusiasmo. Ahora...

Todo había cambiado. A la serenidad sucedía la inquietud, a la alegría la indiferencia.

Sus ojos miraban sin ver a través de los cristales. En el interior del doble recinto de alambradas, los sabuesos de vigilancia correteaban de acá para allá, nerviosos.

De pronto, alguien palmeó la espalda del ingeniero.

—¿Ralph?

Harrison giró la cabeza y vio a McGregor y al teniente Hughes, que le miraban sonrientes.

—Supongo que no te importará que nos sentemos a tu mesa —dijo el capitán.

Antes de que Harrison hubiera podido responder, McGregor añadió:

—He conseguido saber algo que te intrigará.

—Sentaos —invitó Ralph—. Yo he terminado ya. ¿De qué se

trata?

Hughes puso su bandeja sobre la mesa y comenzó a devorar su almuerzo con voraz apetito, mientras McGregor se sentaba junto a Harrison y pronunciaba en voz baja:

—Los guardacostas tienen un extraño tiburón en la dársena. Lo encontraron muerto, flotando sobre las aguas, la noche en que oíste aquel zumbido…

—¿Un tiburón? —Harrison parecía desconcertado—. No comprendo…

—Déjame que lo explique. Los hombres vieron el cadáver del tiburón flotando sobre el mar y le echaron una ojeada. Advirtieron que no había ninguna herida visible, por lo que lo amarraron y lo remolcaron hasta la dársena. Parece ser que un ictiólogo ha examinado el cuerpo del escualo y llegado a cierta conclusión de desconcertante.

—¿Cuál?

—El doctor Barnett afirma que el tiburón murió… electrocutado.

Harrison se atragantó. . —¡Electrocutado! —murmuró—. ¿Cómo es posible?

—No lo sé. Es un caso incomprensible… Pero ¿adónde vas, Ralph?

El profesor Harrison se había incorporado y caminaba veloz hacia la puerta.

—Se marcha… sin pronunciar siquiera una frase de despedida —dijo McGregor, disgustado.

—No te extrañe —respondió Hughes, burlón—. Ya conoces la distracción de los sabios. Y Harrison es un científico, un despistado doctor en Electrónica.

—No se trata de eso —denegó McGregor, pensativo—. A Harrison le obsesiona algo. Ha cambiado mucho desde que volvió de sus vacaciones. ¿No viste la expresión de sus facciones? Yo diría que Ralph vive a diez mil millas de distancia de aquí.

CAPITULO VII

La vio aquella misma noche. Harrison había dejado su coche en Kensington Rew, cerca de la playa, tras lo cual vagó de un club a otro durante un par de horas.

Contra su costumbre, había bebido demasiado. ¿Qué le estaba ocurriendo? Todo se había transformado en su interior.

Hacia las once de la noche abandonó el Tropical Paradise, comprendiendo que de seguir así estaría borracho antes de medianoche.

En la calle, oyó unas risas estridentes. Entonces la vio..., ¡era Fiahlore!

Vestía un cortísimo vestido de vivos colores, muy descotado, y caminaba abrazada a un hombre de color.

Harrison se detuvo. Sus facciones se tornaron grises y un horrible malestar atenazó su garganta hasta impedirle la respiración.

Fiahlore reía y reía locamente. El negro la besaba con descaro y ella parecía muy feliz en su compañía.

Harrison les vio subir a un viejo «Ford» color *beige* y arrancar bruscamente en dirección a la costa.

Entonces se decidió a seguirles. Quería averiguar adónde iba Fiahlore, ansiaba saber definitivamente quién era aquella mujer.

Puso en marcha su coche y arrancó con tanta violencia que a punto estuvo de chocar contra otro automóvil que penetraba en la zona de aparcamiento.

Poco después el velocímetro del «Cooper» señalaba cien millas por hora. Los nudillos de Harrison blanqueaban sobre el volante y sus mandíbulas estaban contraídas con dureza.

Tuvo que frenar a fondo, de repente: el «Ford» *beige* se había detenido bajo los árboles.

Se desvió y dejó el coche oculto entre los matorrales. Y su mano derecha abrió la guantera y aprisionó la pistola.

Bajó del coche. Entre las frondas sonaban las locas risas de Fiahlore.

—Los mataré —murmuró Harrison, obsesionado.

Súbitamente se detuvo.

—¡Dios santo! —reflexionó—. ¿Cómo pude desear tal cosa, siquiera por un segundo?

Aspiró profundamente y trató de serenarse. Luego volvió despacio sobre sus pasos, entró en el coche, guardó la pistola y regresó a la ciudad.

—Sólo es una mujerzuela —murmuró—. Debo olvidarla, borrarla de mi corazón.

La fresca brisa acariciaba sus facciones. Poco a poco fue serenándose. Empezaba a tomar consciencia de que había estado muy cerca de cometer una locura.

* * *

A las diez de la mañana del siguiente día, Ralph Harrison penetró en el despacho del teniente coronel Donovan Brown.

—Ah, aquí está el profesor Harrison —dijo Brown, con su acostumbrada cortesía.

Fue entonces cuando Ralph advirtió la presencia de aquella mujer.

—Le presento a la señorita Karah Smith —añadió Brown—. La señorita Smith es analista en Electrónica y, a partir de ahora mismo, su ayudante.

La mujer, que había permanecido de espaldas, se volvió.

Harrison lanzó una exclamación ininteligible y su rostro palideció.

—¡Fiahlore, eres tú! —exclamó, impresionado—. ¿Cómo…, cómo es posible?

Donovan Brown parpadeó, desconcertado.

—¿Se encuentra bien, profesor? Está muy... pálido. Se diría que acaba de ver al diablo —bromeó.

Pero Harrison seguía contemplando con fijeza el rostro de Karah..., ¡tan semejante al de la bellísima Fiahlore!

Pocos segundos bastaron para que comprendiera que no se trataba de la misma mujer, no. obstante: Karah Smith era pelirroja y sus ojos no eran verdes, sino oscuros. Extrañamente oscuros, en contraste con sus brillantes cabellos rojos.

—Lo siento —consiguió pronunciar, al fin—. Creo..., creo que me confundí. Bien, señorita Smith, es un placer conocerla.

Karah se dejó estrechar la mano por Harrison. Pero también la mujer se sentía intensamente desconcertada.

Miraba a Harrison fijamente, porque... acababa de reconocer en él al hombre al que Fiahlore había conocido en la playa, la noche en que las dos mujeres arribaran a la Tierra.

Harrison se había repuesto rápidamente de su íntimo desconcierto y dirigía una distraída ojeada a los datos personales de su nueva ayudante que el teniente coronel Brown le ofrecía

Pero no dejaba de pensar, de forma obsesiva, en aquel sorprendente parecido entre Fiahlore y Karah Smith. ¿Qué estaba pensando Harrison en aquellos momentos? Sencillamente, dar un tirón a los cabellos rojos de Karah para comprobar que no se trataba de una peluca, porque los ojos oscuros... podrían muy bien parecer de tal color mediante unas simples lentillas del tono apropiado.

—Esperamos que su estancia aquí se desenvuelva de forma agradable, señorita Smith —estaba diciendo el teniente coronel Brown —. Sin embargo, debo advertirleque está obligada a guardar el más estricto secreto en relación con su trabajo. En nuestras manos está la seguridad de más de doscientos millones de norteamericanos.

—Lo comprendo, señor —respondió tímidamente Karah—. Recordaré sus instrucciones fielmente, se lo prometo.

—Gracias —respondió Brown, satisfecho—. Por lo demás, el profesor Harrison se encargará de introducirla en su trabajo. ¿Piensa bajar a los silos, profesor?

—Así es.

Karah Smith fue presentada minutos más tarde al mayor Monroe. En los ojos grises del mayor se reflejó fugazmente un brillo de admiración al contemplar a la bellísima Karah.

A las diez treinta, Monroe, Harrison y Karah se aproximaban al ascensor.

Sucedió un extraño incidente: antes de que Monroe hubiera pulsado el dial electrónico que permitía poner en movimiento el aparato, la luz lució dentro del ascensor y las puertas deslizantes de acceso se abrieron simultáneamente.

El mayor retrocedió de un salto. Y miró a Harrison con extrañeza.

—¿Ha estado aquí esta mañana? ¿Tal vez dejó pulsado el día!, profesor? —preguntó, desconfiado.

—No —denegó Harrison—. Sólo estuve en el despacho de Brown. Quizá fue usted quien olvidó bloquear el sistema. Supongo que ha bajado a los silos...

—De ninguna manera —se apresuró a responder Monroe, muy excitado—. Y no puedo explicarme cómo ha podido suceder esto. ¿Tiene alguna respuesta concreta usted, profesor?

—No.

La mirada de Monroe vagaba, inquieta, desde el mecanismo de seguridad a Harrison y viceversa.

—¡Es absurdo! —gruñó—. Pero el asunto es grave: habrá que desmontar todo el mecanismo y cambiar la combinación. Desde luego, iré ahora mismo a informar el incidente al teniente coronel Brown.

Harrison y Karah le vieron retroceder a toda prisa y desaparecer al final del pasillo.

Hasta que Harrison reaccionó, corrió en pos de él y le alcanzó, deteniéndole de un empellón.

—¿Qué se propone? —gruñó el mayor, rabioso. Y se llevó la mano derecha a la pistola que colgaba de su cinturón.

—¡Estúpido! —exclamó Harrison, con infinito desprecio—. Sabe de sobra que debe contar conmigo en cualquier emergencia, y que debe atenerse, ante todo, a la seguridad de la Base. Es usted un

cobarde, Brown: está temblando de miedo.

—Se..., se equivoca —tartamudeó el mayor—. Le ordeno que me suelte.

Le soltó. Tan bruscamente, que Monroe salió despedido y chocó contra el muro.

—Me da usted pena, Monroe —bramó Harrison, colérico—. ¿Puede imaginar lo que podría ocurrir al abandonar el ascensor en tales circunstancias? Cualquiera hubiera podido descender a las baterías. Suponga que un intruso simulara mi tono de voz y consiguiese de Brown la conexión de la fuerza eléctrica... ¡Hubiera podido desencadenar una verdadera catástrofe!

Monroe se incorporó lentamente y miró al profesor.

—Lo..., lo siento —murmuró, humilde—. Bien... Créame, profesor, no pensé en ello. Debí...

—Quédese junto a la señorita Smith —le interrumpió Harrison—. Iré a ver a Bradley y le informaré. Ya sabe lo que debe hacerse en estos casos: alertar a la guardia, registrar las dependencias, evitar que alguna persona pueda acercarse al edificio de Intendencia. ¿Lo recuerda, mayor?

Antes de que Monroe hubiera podido responder, Harrison corría ya hacia el cuerpo de guardia y daba unas rápidas instrucciones al oficial de servicio.

Entre tanto, Karah contemplaba con desprecio a Monroe, apoyado sobre el muro, abatido y humillado.

Poco después, Monroe se erguía al escuchar el rumor precipitado de unos pasos en el pasillo: Harrison volvíaacompañado del intendente Brown y del jefe de la Base, coronel Bradley.

Sin prestarle mucha atención a Monroe, los tres hombres se detuvieron ante el ascensor. Una extraña tensión flotaba en el ambiente.

—¿Puede explicarse esta anomalía de forma razonable, profesor Harrison? —preguntó Bradley.

En el rostro de Ralph había una cierta expresión de reserva.

—Existe cierto sistema para conseguir excitar el mecanismo que pone en marcha el ascensor: se trata de un emisor de impulsos que excita los relés y deja libre el paso de la corriente. Sin embargo, la combinación electrónica fue montada a prueba de esos efectos —explicó con lentitud.

Bradley se volvió hacia Monroe y Karah Smith. Parecía muy inquieto.

—No logro entenderlo —exclamó, al tiempo que se pellizcaba inconscientemente el lóbulo de una oreja—. El sargento Waterman monta guardia con sus soldados a la entrada del pasillo. Según él, nadie ha penetrado aquí antes de ustedes. ¿Vieron a alguien en esta zona?

—No —negó Harrison.

—En tal caso… —Bradley parecía indeciso—. Sí, creo que tendré que informar al general Patterson y al Pentágono. Entre tanto, será mejor que desmonte el aparato, profesor. Ordenaré que refuercen la guardia inmediatamente.

Brown y Bardley abandonaron el lugar. Harrison miró a Monroe y dijo:

—Quédese aquí junto a la señorita Smith. Yo bajaré al laboratorio y cogeré las herramientas necesarias para desmontar el aparato electrónico.

—Sí, sí… Lo siento, profesor —repitió el mayor, con torpeza—. Confieso que obré atolondradamente.

Harrison penetró en el ascensor y descendió en él. Cuando el aparato se detuvo en el pasillo A, Harrison experimentaba una angustiosa sensación.

¿Miedo, tal vez? No quería confesárselo a sí mismo, pero lo que experimentaba en aquellos momentos tenía

mucho que ver con la sospecha, la desconfianza y… el miedo.

Poco después volvía arriba y procedía a desmontar el elemento electrónico de la combinación, en presencia de Karah y el mayor Monroe.

Desprendía ya el dial de la combinación cuando brotaron algunas

chispas. Harrison lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿De qué se trata, profesor? —preguntó Karah, que se había aproximado a él.

—Espero que sepa comprenderlo —explicó el ingeniero, mostrándole el elemento—. Creo que se trata de... un inocente cortocircuito. Los contactos eléctricos que parten del dial hicieron masa con la carcasa que encierra el conjunto... Parece ser que el sistema se autoexcitó con una descarga eléctrica casual.

—Sí —murmuró la mujer, pensativa—. Parece una descarga casual.

Monroe parecía aliviado.

—Es inaudito —dijo—. ¡Que un simple fallo nos obligue a todos a andar de cabeza...!

Harrison se volvió hacia él y le miró con severidad.

—Un simple fallo, sí. Pero pudo ser algo más grave... Vaya a ver a Bradley y explíquele la causa de la anomalía, tras lo cual vuelva aquí. De todas formas, cambiaremos la combinación y descenderemos hasta los silos —ordenó el ingeniero.

—Así lo haré —respondió Monroe, con un resoplido de alivio.

* * *

Había trabajado con más ardor que de costumbre. Harrison notaba que un profundo cambio se había operado aquella mañana en su interior: no había recordado una sola vez a Fiahlore, aquella enigmática y atractiva mujer que conociera una noche en la playa.

Karah Smith le atraía poderosamente. ¿Cómo definir a aquella mujer...? Harrison se sentía incapaz de hacerlo.

Era bella, misteriosa, dulce, sorprendente.

Karah se mostró muy interesada en el proyecto. Naturalmente, como Harrison le explicó, sería preciso hacer mil cálculos dificultosos y centenares de pruebas antes de conseguir algo tangible.

Karah asimiló inmediatamente las explicaciones. Con una rapidez que dejó desconcertado a Harrison.

Luego, cuando el profesor le encomendó una parte del trabajo y vio moverse veloz el lápiz de la mujer, el hombre se sintió atraído por su trabajo.

Mirando por encima de su hombro, Harrison comprobó, asombrado, la exactitud y técnica de los cálculos que ella había realizado apenas en tres minutos.

¿Cómo era posible? El mismo hubiera empleado dos o tres horas en obtener resultados tan exactos.

Karah se separó con brusquedad al sentir la proximidad del hombre a su espalda. Y Harrison advirtió que las mejillas de aquella bella mujer se habían teñido de rubor.

—Tranquilícese —dijo él, asombrado por la violenta reacción de su ayudante—. No tiene nada que temer. En realidad, no hay lugar para devaneos sentimentales en este laboratorio... Pero esos cálculos... ¡son asombrosos!

Incrédulo, tomó la hoja de papel y comprobó, una por una, las operaciones. El trabajo le llevó algo más de una hora. Entretanto, Karah le contemplaba, mitad burlona, mitad expectante.

—Vuelvo a repetirlo —dijo finalmente Harrison—. Es asombroso... No conozco a persona alguna capaz de realizar un trabajo tan perfecto en el escaso tiempo que usted ha empleado. Y además... Es usted bellísima.

Karah desvió la mirada, nerviosa.

—He visto en su ficha que procede usted de Fairbanks —añadió Ralph, advirtiendo su zozobra.

—Así es.

—Conozco Fairbanks —afirmó el profesor—. Llevé allí a mi madre hace dos años. Un lugar encantador... en verano.

Karah asintió vagamente. No conocía Fairbanks, apenas conocía Daytona Beach... Si la apuraban, apenas conocía unas pocas cosas del planeta Tierra. ¿Cómo, entonces, aventurarse en explicaciones?

Pero Harrison sentía ganas de seguir charlando y charlando.

—Hay allí fabulosas minas de oro, un atractivo restaurante sobre una altísima torre y una gran Universidad. Me pregunto cómo no obtuvo una plaza de profesora allá, señorita Smith. ¿Conoce al rector, míster Thomas Wendish?

Karah asintió con un gesto, pensando que era toda una maldita casualidad que el profesor Harrison conociera tan a fondo la ciudad de Fairbanks.

—Discúlpeme —murmuró, apoyando un codo sobre el pupitre de trabajo—. Siento un horrible dolor de cabeza.

Harrison se inclinó, solícito, sobre ella.

—¡Oh, lo siento! Soy un estúpido. A cualquiera le dolería la cabeza después de realizar esos cálculos en cinco minutos escasos —se disculpó.

Las manos de Harrison quedaron en el aire, cuando ya se sentía impulsado a acariciar los rojos cabellos femeninos.

También él se sentía embarazado cuando dijo:

—Es casi la una del mediodía. El tiempo ha transcurrido sin dejarse sentir. Es hora de subir y tomar el almuerzo… ¿Se siente mejor?

Karah respiró hondo. Harrison estaba muy cerca y el tenue aroma de su masaje llegaba claramente a su nariz, embriagándola.

¿Por qué se sentía tan floja e indefensa en la presencia de aquel hombre? Lo cierto era que las fuerzas la abandonaban y su voluntad se extinguía.

Harrison la ayudó amablemente a desprenderse de la bata. Salieron. Monroe se les unió en el *hall* del pasillo A.

Caminando en pos de Harrison, Karah experimentó un deseo irrefrenable de ser abrazada por Harrison. ¿Se trataba sólo de curiosidad, de su interés por aquel sexo desconocido, por los Ka, por los hombres, o, por el contrario, se sentía atraída exclusivamente *por un solo hombre,* por Ralph Harrison?

El ascensor se detuvo, interrumpiendo sus pensamientos. Monroe

abandonó el aparato bruscamente, pero Harrison le cedió el paso con una sonrisa amable. ¡Los dos hombres eran exteriormente muy parecidos, pero tan distintos en el fondo!

Fuera ya, Harrison dio una vuelta al dial y la luz del ascensor se apagó. Poco después fichaban en el reloj del pasillo v abandonaban el edificio de la intendencia.

Karah experimentaba un extraño gozo mientras caminaba al lado de Harrison. Y de pronto se le ocurrió aquella sorprendente idea... ¿Qué diría la anciana reina Antar-Re si supiera que en poco más de un mes había conseguido conocer los secretos que le permitirían enfrentar a Estados Unidos y Rusia en una guerra atómica total?

Probablemente, Antar-Re plasmaría con un destello de sus inmensos ojos glaucos su admiración por su hija Karah.

Pero Fiahlore, loca e insensata Fiahlore... Un rictus de ira alteró las facciones de Karah al recordar a su compañera.

—...Que podemos almorzar en el restaurante de la Base —estaba diciendo el profesor Harrison—. Desde luego, son menús muy corrientes, pero es más cómodo y rápido que trasladarse a la ciudad.

—¿Cómo...? —preguntó Karah, absolutamente distraída.

Harrison tuvo que repetírselo. Y Karah accedió.

De repente, Ralph se detuvo con brusquedad. Y la miró fijamente, recreándose en el bello contraste *cabellos rojos-ojos negros.*

Luego, pronunció con lentitud:

—Vamos a ser compañeros de trabajo. ¿Por qué, entonces, no podemos Tratarnos con mayor confianza? Mi madre me llama Ralph... Quizá pienses que estoy orgulloso de mi madre y... acertarás. Te llevaré algún día a casa y estoy seguro de que te gustará mi madre.- Se llama Nancy y apenas representa sus casi sesenta años. Es alegre, comprensiva, dulce... como tú.

—No puedo creerlo —exclamó Karah, sorprendida—. Nancy es demasiado joven para ser...

Calló súbitamente. Porque acababa de caer en la cuenta que en la Tierra las cosas no podían mediarse a nivel del planeta Hirk o de la astronave de las mujeres hirkitas.

—Para ser... ¿qué? —preguntó Ralph, lleno de estupor.

Por supuesto, Karah iba a haber dicho *«para ser madre».* Por fortuna, supo contenerse a tiempo.

—Nada —respondió, confusa—. Creo que iba a decir una tontería.

Harrison se encogió de hombros. Juntos penetraron en el restaurante de la Base y vieron al capitán McGregor y al teniente Hughes, que almorzaban en una mesa retirada.

Harrison se sintió incomodado cuando el teniente lanzó un expresivo silbido de admiración y sus ojos se posaron sobre la bella Karah.

Buscó sitio, eligió un menú variado y abundante y unas cervezas y comieron en silencio.

De pronto, Harrison hizo aquel comentario.

—¿Sabes una cosa? Te pareces de forma asombrosa a una mujer que conocí hace unos días. Se llamaba Fiahlore.

A Ralph no le pasó desapercibida la rápida reacción de Karah.

—¿Fiahlore? ¿De quién se trata...? —preguntó, anhelante.

—Bueno... fue una pequeña aventura. Una extraña y apasionante experiencia que me ha mantenido obsesionado por unos días. Sólo ahora, después de conocerte a ti, vuelvo a sentirme animado y sereno. ¿Sonríes? Lo comprendo: has debido escuchar muchas palabras de elogio de parte de otros hombres. Soy sincero: me has hecho una gran impresión. Por ti mentí hoy mismo.

Karah no dijo nada. Había desviado la mirada y fingía poner toda su atención en masticar la insípida comida terrestre (¿...?).

—Mentí al declarar que el sistema electrónico del ascensor había sufrido una avería —confeso Harrison.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Karah.

—No fue un casual cortocircuito lo que provocó laespontánea apertura del sistema de seguridad, sino las enviadas por alguien, que provocaron la excitación de los relés. ¿Quién lo hizo? No lo sé, pero he cambiado todo el sistema, en previsión de que se trate de una operación de espionaje o tal vez algo peor.

—Es muy interesante —Karah le miró fugazmente—. Pero ¿por qué mentiste?

—¿No eres capaz de adivinarlo? Tú eres muy inteligente y debieras adivinar mis motivaciones. Lo hice porque temí que te despidieran. Las medidas de seguridad en la defensa atómica son así: si existe la más leve sospecha te despiden, después de indemnizarte razonablemente. Si yo hubiera dicho la verdad, es posible que hubieran sospechado de ti.

—Gracias —murmuró ella. Y añadió—: ¿Has pensado que quizá yo no merezca esa confianza? Puedo ser una espía... Nadie me registró al penetrar en el edificio de Intendencia. Un pequeño impulsor de señales oculto en mis ropas hubiera servido para comprobar si las señales de excitación bastaban para poner en marcha el ascensor...

Ralph lanzó una alegre carcajada. Poseía una robusta y sana dentadura y su risa era contagiosa.

—¡Vamos, vamos, Karah! —la reconvino, burlón—. ¿Cómo podría sospechar de ti? Posees las mejores referencias...

—Era una broma, Ralph. Pero... si yo soy inocente... queda todavía por averiguar el origen de la perturbación.

El tenedor que utilizaba Ralph quedó inmóvil en el aire.

—Tienes razón. Y lo peor es que no acierto a encontrar una explicación... Pero olvidémonos de ello ahora... Lo cierto es que no ha ocurrido nada desagradable y eso es lo que importa.

Parte de la alegría que Ralph había demostrado desde que abandonaron los silos parecía haber desaparecido. ¿Por qué...?

—¿Te sientes preocupado, Ralph? —preguntó ella, de pronto.

—Un poco, lo confieso —respondió él, forzando una sonrisa y bajando la voz hasta que sus palabras sonaron susurrantes—. Escucha, Karah: la nuestra es una misión trascendental. Nuestro planeta es un paraíso pleno de belleza, pero los hombres lo hemos convertido en escenario de discordias, de tensiones y de guerras. Yo amo la vida y lucho por evitar que la Tierra pueda ser destruida. Abajo, en los silos atómicos, está la destrucción. Pues bien: todos los hombres y mujeres de la Tierra debemos velar porque esa fuerza permanezca dormida, al menos. Quizá algún día el mundo no esté dividido por fronteras ni rencillas o intereses. Es posible que se llegue a la comprensión mutua,

a la unidad absoluta y pacífica. Por ahora…

Karah le dirigió una mirada llena de curiosidad y de interés. Oyendo a Harrison, se sentía fascinada por su voz vibrante y llena de ardor.

Sin embargo, comprendía que no debía dejarse ganar por simpatías ni afectos. Su misión era decisiva para los intereses de la cultura hirkita. Tenía que sacrificarse por alcanzar el objetivo fijado por Antar-Re: la destrucción sistemática de los terrestres.

Y pensando en ello se sintió inmediatamente amargada, angustiada e infeliz. Para ella, era una crueldad infinita eliminar a millones de hombres y mujeres.

Sí, sí… Ella, Karah, tendría para sí a un hombre de la Tierra. Pero a cambio de ello tendrían que morir millones de criaturas, tan semejantes a ella misma.

CAPITULO VIII

Al anochecer, el «Cooper» se detuvo en la última parada de autobús de la carretera que, junto a la costa, conduce a Saint Augustine.

Harrison se volvió hacia Karah. Los cabellos de la mujer semejaban brillantes hilillos de cobre.

—¿De veras no quieres que te acompañe hasta tu casa? —insistió él, con voz ronca.

Karah tuvo algunas dificultades para abrir la portezuela, por lo que Ralph se inclinó sobre ella para ayudarle.

Al hacerlo, sus rostros se rozaron levemente. Ambos se separaron a la vez, como repelidos por una fuerte descarga eléctrica.

Karah tragó saliva. Ansiaba las caricias de Ralph Ha-rrison, pero... debía reprimir sus anhelos.

Saltó a tierra, veloz.

—Gracias por acompañarme hasta aquí, Ralph. En cuanto a acompañarme a casa... Bien, prefiero conservar mi honorabilidad...

Ralph sonrió tristemente.

—Karah... Hace una semana que nos conocemos. A lo largo de esos siete días, tú has ido penetrando en mí hasta llegar a apasionarme. No sé si te amo o te odio. Te rodeas de misterios, utilizas expresiones extrañas como Ka o keolp... Sí, sí, dijiste que eran expresiones de una lengua esquimal, pero no es sólo eso: tratas de esquivarme, huyes de mí. ¿Por qué? —preguntó, anhelante.

Karah le miró, hermética.

—No soy misteriosa, no trato de hacerme la interesante, si te refieres a eso. En realidad debiera enfadarme contigo. Sé que has estado haciendo algunas averiguaciones relacionadas conmigo, que me has tendido algunas sutiles trampas... Como la de mencionar el motel Wild Alaska, de Fairbanks, ¿recuerdas? Me preguntaste si lo conocía y yo contesté afirmativamente, cuando en realidad no existe en Fairbanks ningún local con ese nombre. También me seguiste a casa

de ese judío, Aarón Hartmann…

Harrison acusó el golpe con una brusca contracción de sus músculos faciales. Porque era cierto que había seguido a Karah, que la había espiado.

La última semana había supuesto una sucesión de infinitas sorpresas para el profesor. Durante aquellos días había comprobado que Karah poseía un altísimo nivel intelectual, superior diez veces al cerebro mejor dotado de la Historia.

Había consultado con Hugh Hawthorne, un experimentado psicólogo, y le había ofrecido una muestra de los trabajos de Karah.

La respuesta de Hawthorne le dejó helado.

—Si no fuera porque esa mujer trabaja en un puesto importante de la defensa estratégica, pensaría que se trata de… un ser de otro planeta. Créelo, Ralph: sus aptitudes superan con mucho a todo lo conocido. No acierto a explicármelo.

También era cierto que la había seguido, una tarde, hasta la tienda de aquel prestamista judío, Hartmann. E incluso había interrogado al dueño de la tienda cuando Karah hubo abandonado el negocio.

—¿Es usted policía? —preguntó, a su vez, Hartmann, receloso.

—No tema. Sólo quiero saber…

—No tengo nada que decirle —gruñó entonces el judío—. Le ruego que abandone esta casa.

Harrison se sintió enfurecido. Pero, en verdad, no tenía derecho a forzar al prestamista y hubo de darse por vencido.

Pero aquella visita supuso para Harrison un enigma más. ¿Cuál era el motivo de la visita de Karah a Hartmann?

Los cabellos rojos envolvían el rostro exótico de Karah como una esplendente llamarada.

—Confieso que te he espiado —admitió con voz ronca—. Te seguí e interrogué a Hartmann. Pero sólo me movía a ello el interés por ti. Si te encuentras en problemas, si necesitas dinero, yo puedo ayudarte… Normalmente, se visita a los prestamistas para pedirles

dinero o para empeñar algo de valor, joyas..., ¿comprendes mi interés?

Karah le escuchaba dominada por una indefinible emoción.

—Gracias, Ralph. Eres el mejor terr..., el mejor hombre que he conocido —respondió, confusa—. Pero no temas, no padezco agobios económicos —y añadió rápidamente, bajando del coche—: Buenas noches, Ralph. Nos veremos mañana, en la Base. Y, por favor, no me sigas.

—Está bien, como prefieras. Buenas noches, Karah —murmuró él, desesperanzado.

Giró el volante y se despegó del encintado, dio la vuelta y se alejó.

Karah siguió el coche con la vista hasta que desapareció. Y entonces se sintió espantosamente sola.

¿Por qué experimentaba aquella intensa sensación de soledad? Jamás le había ocurrido nada semejante.

Karah lo sabía: todo cambiaba en su interior, día por día. Momento a momento iba descubriendo en sí misma sentimientos que siempre habían permanecido enterrados en lo más profundo de sus entrañas.

Amaba a Harrison. Le amaba de una forma absoluta, ardiente, total. Sería hermoso vivir con él... en aquel paraíso llamado Tierra.

Mientras aguardaba el autobús, el cerebro de Karah pensaba, incansable.

Las consignas de Antar-Re estaban por encima de todo: era necesario conquistar la Tierra para las mujeres hirkitas.

Karah tendría a Harrison para ella sola. Le amaría apasionadamente y se dejaría amar, rendida.

Pero... existía un terrible dilema. Karah quizá viviría doscientos o trescientos años, pero Harrison..., ¡él sólo viviría ochenta o noventa, como máximo!

Se estremeció. Notaba que su espíritu se iba ablandando, que su alma se sensibilizaba día a día.

Veía correr a los niños, oía sus gritos y sus voces... La ternura

penetraba en su corazón a raudales.

Los terrestres eran de aspecto semejante a los hirkitas. Cierto que algunos terrestres eran nobles y bondadosos como Harrison y otros no lo eran tanto. Pero ¿no era la propia Fiahlore como aquellos últimos?

La verdad era que Fiahlore se había ido degradando día a día. Poseer la Tierra y el amor físico era para ella como una obsesión y comenzaba a experimentar el resultado de aquellos excesos.

El autobús se detuvo junto a Karah. que permanecía absolutamente abstraída. El conductor hizo sonar el potente claxon y Karah se estremeció.

—¿Sube?

Subió apresurada y tímidamente, dejó un billete sobre la pequeña bandeja y recogió el cambio. La luz quedó atrás y el autobús surcó las tinieblas.

Media hora más tarde, el vehículo se detuvo y Karah descendió. La mirada de un hombre maduro la siguió hasta que las sombras fundieron su figura.

Abandonó la carretera y tomó el sendero que llevaba hasta la casa del acantilado.

Era una fea y antigua construcción solitaria, erguida sobre los bravos peñascos erizados de la costa.

La había alquilado por varias razones, aunque la sustancial era que aquella casa se encontraba próxima al mar. Y en el mar, oculto bajo una capa de fango, estaba el Vehículo. Pero también les convenía vivir en un lugar solitario para evitar la curiosidad de las gentes: Fiahlore provocaba un escándalo tras otro y era prudente mantenerla alejada de la ciudad, aunque ella consiguiese escapar en cuanto Karah se descuidaba.

La verja de madera estaba podrida, casi cubierta por los hierbajos. Una luz amarillenta y triste brillaba en el porche.

Karah se detuvo, rígida: a cinco metros del porche se encontraba un automóvil gris, espantosamente decorado con unos dibujos de colorines que hacían daño a la vista.

La ira alteró sus facciones. ¿Cómo se había atrevido Fiahlore a

llevar a alguien a la casa?

Era demasiado, no lo permitiría. Penetró como una furia a través del porche. La puerta estaba abierta, por lo que avanzó a lo largo del pasillo y penetró en el viejo y destartalado salón de donde provenía la música.

La escena que contempló la dejó petrificada: Fiahlore, tumbada en un diván, se hallaba acompañada por un joven de unos veinticinco años, de cabellos largos a la moda *afro.*

Fiahlore aparecía despeinada y sucia, tenía una botella de whisky en la mano v reía como una desquiciada.

—¡Cielos! —balbuceó el joven, al ver a Karah—. ¿Otra bella hurí? Bien… Tiger O'Hornell se pone a sus pies.

Se había puesto en pie. Dio dos o tres pasos vacilantes hacia Karah e intentó abrazarla. Y su expresión se tornó más estúpida al comprobar, lleno de asombro, que la mujer le esquivaba fácilmente.

Karah se encontraba a tres metros de distancia, había dejado su bolso sobre una mesa y aguardaba con las piernas abiertas en compás.

—Váyase —ordenó—. Créame, será mejor para usted.

O'Hornell parpadeó.

—Vaya, con que otra marciana, ¿eh? Primero viene ésa —señalaba a Fiahlore con el brazo extendido— y me larga el cuento de que procede de un lejano planeta desintegrado llamado… ¡hip! Hirk. He estado oyendo sus estupideces durante todo el día. Tonterías… Dice que en el cielo flota una astronave con trescientas mujeres a bordo, algunas de las cuales tienen… ¡cuatrocientos años! Bueno, oír a esta chica valía la pena: era gracioso el cuento. Pero tú…, tú…

O'Hornell saltó hacia adelante y trató de atrapar a Karah. Ya la rozaban sus dedos, cuando la mujer movió velozmente un brazo.

El hombre dejó escapar un alarido y cayó a tierra, como fulminado. Sólo al cabo de unos minutos comenzó a removerse en el suelo.

Vio a Karah que avanzaba hacia él y dominado por el espanto consiguió alzarse del suelo y huyó. Un momento después se oía el zumbido del escape de un automóvil que se alejaba a gran velocidad.

Cuando Karah se volvió, Fiahlore le contemplaba, colérica.

—¡Tú...! —barbotó, incorporándose con esfuerzo—. La... bella y... virtuosa Karah, interponiéndose siempre en mi camino. ¿Por qué le has golpeado, por qué le has humillado, por qué le has obligado a huir?

Respiraba jadeante y su hermoso rostro tenía una expresión diabólica.

—Será mejor que te acuestes —propuso Karah—. Tu comportamiento es detestable y pone en peligro el éxito de la misión que nos trajo a la Tierra. ¿Has olvidado que debes obediencia a Antar-Re?

—¡Que Wasoun-Gri cargue con ese esperpento llamado Antar-Re! —gritó Fiahlore, rabiosa—. No me importa esa asquerosa misión, no me importa nada que no sea mi propia satisfacción. Jamás volveré a la astronave, ¿lo oyes? Sólo quiero ser una mujer; sentir como una verdadera mujer.

Karah se mordió los labios de ira.

—No sabes lo que dices, insensata. Te has dejado dominar por el vicio, incluso te has entregado a esa porquería llamada whisky. Vete a descansar. Pero antes, ¡dame esa botella!

—¡No! —gritó Fiahlore, apretada la botella contra su pecho.

Karah la sujetó por los brazos, apresó la botella y la arrojó al suelo. El casco se partió en pedazos y el licor manchó las baldosas.

Entonces Fiahlore se sintió asaltada por la más desatada cólera. Antes de que Karah pudiera prevenirse, saltó sobre ella y la golpeó salvajemente en el rostro, en el pecho, en el vientre... A puñetazos, a patadas, a mordiscos.

Al borde del desvanecimiento, Karah alzó un brazo y golpeó a Fiahlore en el cuello. Su compañera lanzó un gemido y cayó, exánime.

Respiró profundamente y recuperó las fuerzas. Tras lo cual, tomó a la desvanecida Fiahlore en brazos y la dejó en el lecho. Con sumo cuidado la desnudó, la lavó y la arropó.

La tristeza y la inquietud ahuyentaron el sueño de Karah durante muchas horas.

CAPITULO IX

La situación se había vuelto peligrosa por causa de Fiahlore. Un día u otro, su compañera atraería sobre sí la atención de la policía o de otras personas.

De la misma forma que Fiahlore había cometido la estupidez de desvelar algunos de sus secretos ante aquelhampón llamado O'Hornell, un día señalaría la presencia y la situación del Vehículo hirkita, sepultado bajo el fango del Atlántico hasta el momento de abandonar la Tierra.

El Vehículo contenía en sus entrañas metálicas de resistente y liviano *ark* varias toneladas de oro en barras, lo que bastaría para despertar la codicia de cualquier terrestre poco escrupuloso.

Si el Vehículo era descubierto, la misión que Antar-Re había encomendado a las Diez Elegidas estaría en peligro de fracasar.

El sueño se resistía a acogerla en sus brazos y Karah se agitaba, inquieta, en el lecho.

¿Qué podía hacer... si no apresurar el final de la misión? ¡Sí, lo haría! Debía terminar cuanto antes, pues no quería hacerse reo de la justicia de Krison-Re.

Karah imaginó paso a paso, segundo a segundo, el principio del Gran Cataclismo terrestre.

Bajaría a los silos atómicos con Ralph Harrison y el profesor solicitaría la conexión de energía eléctrica desde el teléfono del *Checking-Test.* Karah sólo tendría que penetrar entonces en el departamento de control y disparo y... poner en el aire dos proyectiles nucleares en dirección a China y a Rusia.

La respuesta no tardaría en llegar: los dos países atacados pondrían en marcha toda su fuerza de destrucción contra Estados Unidos, y Norteamérica contraatacaría hasta la destrucción total.

Karah lo había previsto todo. Había comprado un automóvil blindado, que aguardaba desde una semana antes en el aparcamiento de la Base. Harrison y ella escaparían en el automóvil hacia la costa, donde ya esperaría Fiahlore.

Luego, transcurridos unos minutos, cuando los proyectiles atómicos cruzasen ya los cielos, Fiahlore, Harrison y Karah viajarían en el Vehículo para recoger a las ocho mujeres hirkitas restantes y a los hombres seleccionados por ella.

Tenía que hablar con Fiahlore y convencerla para que escogiera a *su* hombre. Un individuo sano, un hombre

honrado, no uno de aquellos degenerados que ella parecía preferir.

Todo comenzaría al día siguiente, estaba decidido. Tanta era su inquietud que hubo de incorporarse sobre el lecho.

¡Adiós a la Tierra, adiós a la hermosa vida en aquel tentador paraíso! Deberían transcurrir cien años antes de que la superficie de la Tierra, desierta de criaturas humanas, volviese a ser habitable.

No pudo evitar un escalofrío. Lo que iba a hacer redundaría en beneficio de la raza hirkita, pero no dejaba de ser un escalofriante genocidio.

Miles de millones de personas perderían la vida. Las flores, los pájaros, las bestias..., todo cuanto de bello poseía la Tierra, dejaría de existir.

* * *

—Llévatelo, Rosa —dijo Harrison—. No tengo apetito.

Nancy alzó los ojos, mientras la doncella negra recogía la vajilla. La preocupación vibraba en las palabras de la señora Harrison cuando exclamó:

—Ralph, hijo... Me haces sufrir. Creí que habías mejorado: te vi más alegre y lleno de entusiasmo. Pero has vuelto a decaer. Tu rostro aparece sombrío y no brillan tus ojos como antes. Todo cambió desde que...

—¡Calla, por favor! No tengo apetito, eso es todo —la interrumpió Ralph, brusco y tenso.

Nancy asintió. Callaría. Pero se sentía dolorida.

Estaba dispuesta a aguantar los exabruptos de su hijo, pero deseaba ayudarle con todas sus fuerzas. Y para ello debería indagar, preguntar, averiguar...

—Si has perdido la vergüenza y has olvidado el respeto que siempre me demostraste, razón de más parainsistir, hijo. No debías olvidar que soy tu madre y teconozco bien. Sé que algo te perturba y te intranquiliza...¡Háblame, hijo! No guardes para ti lo que te hace daño.Recuerda que siempre he compartido tus pesares y tus alegrías —exclamó con voz firme.

Ralph acusó aquellas palabras. En verdad, se sentía avergonzado por haber hablado a su madre con una dureza que ni él mismo comprendía.

—Discúlpame —suplicó—. Tienes razón: estoy preocupado.

—¿Se trata de esa chica..., de Karah Smith?

-—Sí... ¿Qué pensarías si te dijera que... estoy enamorado de ella.-'

A Nancy Harrison se le distendieron los músculos faciales en una sonrisa.

—¿Es eso? Entonces, ¿por qué preocuparse? Hijo, tú sabes que yo estaba ansiando que llegase este momento. Si es buena, honesta y tan hermosa como la has descrito, te casarás con ella y asunto arreglado.

Ralph dejó el cigarrillo sobre el cenicero y miró a su madre con afecto.

—No es tan sencillo como tú piensas, mamá. Amo a Karah, pero...

Contó con voz rápida y vibrante todo lo relacionado con Karah Smith. Habló de su portentosa inteligencia, de sus cualidades intelectuales fuera de toda lógica humana, de su extraño acento, de aquellas frases que se le escapaban a veces, aparentemente sin sentido, narró la visita a Aarón Hartmann. Y además:

—Lo que en verdad me intranquiliza es esto: ayer comprobé que faltaban algunas piezas de material del taller-laboratorio. Las busqué como loco, imaginando que Karah y yo mismo las habíamos cambiado de sitio. Pero no las encontré por ninguna parte. Se trata de material electrónico importante, ¿comprendes?

—¿Le preguntaste a ella? —preguntó Nancy, impresionada.

—No me atreví... por delicadeza. Esperaba que las piezas aparecieran en cualquier sitio... ¡Entiéndelo, no quería dudar de ella! Pero lo cierto es que las piezas no han aparecido. No dije nada al mayor Monroe y ahora sospecho que he faltado a mi deber.

—¿Quizá el mayor Monroe pudo...?

—¿Robarlas? ¡No! Monroe tiene muchos defectos, pero no puedo imaginármelo robando algo.

—¿Entonces, Ralph?

—No sé qué decirte, madre. Si pienso fríamente en todo lo relacionado con Karah Smith, debo llegar a la conclusión de que ella es... una espía —pronunció con voz ronca.

—¡Una espía! ¡Dios santo, eso sería terrible! —Nancy parecía sobresaltada.

—Sí. Una espía a la que yo amo apasionadamente —afirmó Ralph, poniéndose en pie, alterado—. Ahora puedes comprender por qué me sentía preocupado.

Su madre le miró con ternura y le retuvo por un brazo.

—Cálmate, hijo. Quizá Karah tomó las piezas... para examinarlas. Pudo guardarlas en su bolso para estudiarlas en casa y devolverlas posteriormente. Yo pienso que deberías hablar con ella, con absoluta claridad. Karah lleva poco tiempo trabajando en la Base, es joven y quizá no comprende la gran responsabilidad que supone su trabajo. Háblale con sencillez, explícaselo. Es posible que ella te dé una explicación convincente. Desde luego, si la amas, debes confiar en ella. Haz lo que te he dicho. O mejor, ¡tengo una idea!

—¿Cuál?

—Invítala a pasar el fin de semana con nosotros. El tiempo es espléndido, hace calor... De modo que podemos salir hacia alta mar en el yate. Allí, en la soledad, en la intimidad, te será más fácil crear el ambiente propicio. Y yo te ayudaré: la trataré con confianza, con sencillez y con afecto. Anímate, hijo; todo se arreglará.

Ralph miró a su madre con inmenso amor.

—¿Crees que será posible hablarle, explicarle…?

—Claro que sí. Será un magnífico fin de semana, ya lo verás.

* * *

El autobús se detuvo a cien metros de la Base.

Karah descendió del vehículo y anduvo aprisa hacia la entrada. De repente, un hombre surgió de un viejo automóvil pasado de moda y la tomó por un brazo.

—¡Hartmann! —gritó Karah, desagradablemente impresionada—. ¿Cómo se atreve a retenerme?

El judío sonrió ladinamente. Sus ojillos brillaban bajo las gafas de miope.

—Dispense. Estaba esperándola y no quería que se me escapase —explicó, con cinismo.

—Debe estar loco. ¡Suélteme!

—No, mi querida señorita Smith: es preciso que hablemos. Si seguimos aquí, llamaremos la atención de los curiosos. Y, seguramente, a usted no le agradaría ser protagonista de un escándalo.

No, a Karah no le interesaban los escándalos. Por eso reprimió su incontenible deseo de rechazar al judío. Sus ojos fueron en una fugaz mirada hacia los centinelas que montaban guardia a la entrada de la Base.

—Trabaja ahí, ¿no es cierto? —dijo Hartmann—. Razón de más para acompañarme. Venga. Podemos hablar en el interior de mi coche. Sólo serán unos minutos.

—Está bien —accedió ella.

Hartmann abrió la portezuela y la dejó acomodarse en el desvencijado automóvil. Luego se sentó tras el volante y se volvió hacia Karah.

—Seré breve, señorita Smith. Se trata de lo siguiente: hasta la

fecha, usted me ha vendido unos treinta kilogramos de oro fino en lingotes. He realizado algunas averiguaciones y…

—¿Cómo? ¿Se atreve a confesar que ha estado espiándome?

—Tranquilícese. Verá: el oro es un poderoso imán. A mí, particularmente, me atrae de una forma especial. Confieso que la he seguido durante dos días enteros, porque imaginaba que podía ser rentable perder tantas horas. Y no me equivocaba.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Karah, turbada.

—Sencillamente, que usted está robando ese oro. Trabaja como analista en Electrónica, en esta Base del ejército norteamericano. Goza de un buen sueldo, pero sus ingresos no son tan altos como para justificar ese oro, ¿me entiende?

Karah le dirigió una mirada fría.

—Le advertí que el oro era de mi propiedad —advirtió secamente.

—¡Ah, ah! —exclamó el judío, irónico—. Eso dijo, en efecto. Pero Aarón Hartmann es un hombre muy desconfiado. Fue mi desconfianza lo que me impulsó a averiguar algunas cosas relacionadas con usted. Tiene un amigo íntimo, el profesor Harrison, descendiente de una poderosa y acaudalada familia, pero eso no es suficiente. Dígame de una vez, ¿de dónde saca el oro?

La ira puso rígidas las facciones de Karah.

—No tengo nada que decirle. Déjeme en paz o se arrepentirá —amenazó.

Pero el judío volvió a insistir.

—Estuve también en la casa del acantilado. Hablé con una extraña muchacha llamada Fiahlore, que se mostró muy amable, demasiado. Pero a Aaron Hartmann no le interesan las aventuras amorosas, sino el oro.

—¿Bien?

—Confiese, señorita Smith, que a usted no le interesa un escándalo, porque ello podría arruinar su relación con el profesor Harrison. Esa extraña muchacha, Fiahlore, ¿es su hermana?

—Eso no le interesa —murmuró Karah, impaciente.

—Todo lo que se relaciona con usted me interesa, mi querida señorita Smith. Y he aquí, por fin, mi oferta: callaré todo lo que sé a cambio de, digamos, una participación en el producto de sus robos. O lo que es lo mismo: pagaré cinco mil dólares por cada barra. Si no acepta, la denunciaré.

Por toda respuesta, Karah aferró el cierre de la portezuela y la abrió.

—Wasoun-Gri se ha apoderado de usted, Hartmann. ¡Que él le arrastre a lo más profundo del abismo! —gritó, llameantes los ojos de furia.

Abandonó el coche, cerrando de un portazo. Pero Hartmann la siguió a la carrera, e intentó detenerla.

La mujer se volvió como una centella y le golpeó con terrible fuerza en el cuello. Hartmann retrocedió violentamente, golpeó contra las planchas del coche y cayó a tierra.

En aquel instante, el «Cooper» de Ralph Harrison frenó junto a Karah.

—¿Qué ocurre?—preguntó el profesor—. Te vi salir de un viejo automóvil. Había un hombre…

Ella desvió la mirada.

—No tiene importancia. Un individuo desconocido me atacó, trató de… Bueno, ya pasó —respondió.

—¡Ese puerco! —bramó Harrison—. ¡Voy a ir tras él y le traeré aquí! Tendrá que explicarme…

—¡No! —el tono de Karah era tajante—. Déjalo. Ralph. Olvidémoslo: era un infeliz. Le golpeé. Ya es suficiente.

—Eso me pareció advertir —asintió Harrison—. Y no debiste golpearle con suavidad, seguramente. Parecía ahogarse y tenía el rostro pálido como la nieve.

Penetraron en la Base. Los centinelas revisaron sus tarjetas de identificación y les dejaron pasar.

Pero Harrison se sentía preocupado. Quizá porque había logrado reconocer a Hartmann.

Por tanto, estaba claro, que Karah mentía. Era posible que Hartmann la hubiera abordado, pero no por el motivo que ella había insinuado vagamente.

Debía haber algo más. Pero ¿qué era ello?

CAPITULO X

Finalmente, Karah saltó sobre la cubierta de popa y Ralph la acogió en sus brazos. Y un ardor angustioso les envolvió.

Harrison pronunció algo entre dientes y se separó de Karah con brusquedad.

—Sígueme —invitó, sin mirarla—. Mamá está abajo.

Karah se desprendió de la borda y avanzó con timidez.

Del puente llegó la voz alegre y cantarina de la señora Harrison

—Adelante, Karah —invitó amablemente—. Y olvidemos los formulismos. Ralph me ha hablado tanto de ti que podríaescribir unlibrocontodo ello.Bien, soy

Nancy, su madre. Y me siento encantada de conocerte y de tenerte a bordo de este resistente y seguro *Blue Planet.*

Karah sé dejó tomar las manos por la señora Harrison, que se las apretó cálidamente.

—Eres muy bella —alabó Nancy, admirada—. Mucho más de lo que Ralph pudiera decir con palabras.

Karah pronunció unas palabras amables, un tanto distraída, porque pensaba en el nombre del yate, *Blue Planet*. ¿No era una curiosa coincidencia? Todo parecía relacionarse con aquel paraíso llamado Tierra.

Se sintió triste, de repente. Quizá dentro de unos días la Tierra cambiase su color azul por otro rojo al principio y el negro, finalmente.

Sin embargo, pronto se sintió atraída por la charla amistosa y cordial de la señora Harrison.

Karah se sentía bien, muy bien, en compañía de la madre de Ralph. Nancy era... exactamente como una madre.

—Ven conmigo —Nancy la llevaba de la mano hacia la escalera que descendía a la cabina inferior—. Quiero enseñarte el yate. ¡Oh!, es un hogar en miniatura, perfectamente dotado, ya verás. Supongo que habréis comido algo, querida, pero yo sé muy bien cómo son los menús de la Base: insípidos, escasos, faltos de variedad y de sabor. He preparado algo especial. Pero no te quedes ahí..., ¡ven!

Karah la siguió, encantada. Y la sorprendió el ambiente de intimidad que impregnaba las dependencias del barco.

Había una pequeña sala-comedor, dos literas, un cuarto de baño, una bien acondicionada cocina...

En las cacerolas se cocinaba algo que exhalaba una exquisita fragancia.

—Ven. Pruébalo, quiero que me des tu opinión. Ralph es muy descuidado y apenas se interesa por los manjares delicados. Acércate, prueba estos champiñones. ¿No están deliciosos?

Nancy Harrison hablaba sin cesar. Su tono de voz sonaba muy agradable a los oídos de Karah, que se maravillaba en su interior de la sencillez y naturalidad de aquella elegante señora.

—Siéntate. Tomaremos un martini. ¿Seco, Karah?

—¿Cómo...?

—Me refiero al martini —explicó Nancy.

—¡Ah, bien!; seco —aprobó Karah, confusa.

En realidad, no había probado más bebidas alcohólicas que las cervezas que Ralph solía pedir para el almuerzo, en el restaurante de la Base.

—Aquí tienes. Delicioso, ¿verdad? Pequeña, verás: quisiera decirte algo —Nancy adoptaba un tono de voz muy confidencial—. Sé que Ralph te pedirá un día de éstos que seas su esposa...

Karah sufrió una profunda convulsión interior. Una emoción intensa se apoderó de ella... Ralph pensaba hacerla su esposa...

Notando su zozobra, Nancy la besó cariñosamente en la mejilla.

—¿Sorprendida? Lo celebro... Pero no digas nada a Ralph... ¿Sabes? Los hombres son un poco raros; estoy segura de que él

preferirá decírtelo personalmente.

Un nudo se formó en la garganta de Karah. Probó un pequeño sorbo del vaso que Nancy había puesto en su mano y se sintió muy aliviada.

—Naturalmente, me encantaría conocer a tus padres, querida Karah. Imagino que tu madre debe ser muy hermosa —decía la señora Harrison.

La frente de Karah se cubrió de menudas gotitas de sudor. Sus padres... ¿Cómo explicarle a la señora Harrison que su padre, Jero-Ka, había muerto hacía más de ochenta años, cómo... describirle a su madre, la anciana Antar-Re, convertida en un esqueleto viviente?

—Vamos, vamos, Karah... No debes sentirte cohibida... Comprendo que no debí hablar de eso ahora. Créelo, no me importa que tus padres sean de condición humilde. Sobre todo, importáis vosotros, Ralph y tú. Le imagino ansioso por verte de nuevo. Subamos a cubierta. Toma este vaso; es para Ralph. Te lo digo en confianza;Ralph es un excelente marino y le gustará que le veamos realizar las maniobras de desatraque. Subamos —propuso Nancy.

Karah agradeció infinitamente que la conversación terminase en aquel momento. Tomó el martini para Ralph y subió en pos de la señora Harrison.

La brisa marina acarició su rostro y la serenó un tanto. El sol brillaba en el cielo con todo su esplendor y bandadas de gaviotas volaban a contraluz, poniendo una extraña animación en el mar con sus peculiares graznidos.

Harrison se volvió al oír sus pasos y sonrió.

—Al fin —exclamó, alegre—. Temí que la conferencia durase hasta la noche.

—¿Estás llamándonos chismosas, Ralph? —fingió enfadarse Nancy —. En fin, Karah te ha traído un martini.

Las manos de Harrison rozaron la de Karah al tomar el vaso. Y el hombre la miró intensamente.

Karah estaba hermosísima, en verdad, con sus blancos pantalones ajustados, un suéter ceñido que desvelaba la pujante agresividad de sus senos y los rojos cabellos flameando al viento como una llama.

—Brindemos —propuso Nancy, de repente—. Por nosotros tres. Porque vivamos largos años en paz y felicidad. Que Dios os bendiga, hijos.

Bebieron en silencio, dominados por la emoción. De pronto Ralph, se volvió y advirtió que sus ojos brillaban, húmedos de lágrimas.

—¡Karah! —exclamó, sin poder contenerse—. ¡Estás llorando!

Su madre apoyó una mano sobre el brazo de Ralph.

—Déjala llorar, hijo. ¿No ves que llora de felicidad? —susurró.

Pero Nancy se equivocaba. Las lágrimas de Karah tenían un origen muy distinto. Las provocaba la más íntima y oscura desesperación.

«Por nosotros tres…», había brindado Nancy Harrison. Y no sabía que, con toda probabilidad, sólo viviría hasta el próximo lunes.

Pero Ralph la apretó contra su pecho y acarició sus cabellos con ternura.

Transcurrieron unos minutos. Luego…

—Vamos, Karah: vamos a abandonar tierra. ¿Quieres ayudarme a soltar las amarras? —pidió él.

Le ayudó, con torpeza. Juntos empujaron sobre el muelle con los bicheros. El yate se movió despacio y se separó poco a poco del muelle. Luego Ralph la tomó por la mano y la llevó hasta el puente.

Dio al arranque y los motores roncaron, poderosos. El yate se alejó de tierra y surcó la dársena. Poco después cruzaba la bocana de la escollera y salía a la mar libre.

Los ojos de Karah contemplaron, admirados, el mar infinito. Las pequeñas olas con sus crestas blancas y espumosas; las gaviotas, el aire marino, impregnado de aromas a algas y a yodo.

Sus pulmones se hincharon, jubilosos, y su ánimo se tranquilizó.

—Es hermoso, ¿verdad? —comentó Ralph, acariciando la roja cabellera con sus labios.

—Mil veces hermoso —musitó ella.

Pensó en lo que Fiahlore había dicho la noche anterior: *No volveré a la astronave. Quiero ser una mujer.*

¿No parecía sensata, ahora, la decisión de Fiahlore? Abajo, en la superficie del planeta azul, todo era bello jubiloso, pleno de significado.

Arriba le aguardaba un siglo de monotonía en la astronave, antes de poseer una Tierra que durante tanto tiempo estaría desierta de criaturas, de animales vivientes, de vida...

Por un momento, Karah estuvo a punto de renunciar a su misión. Sería maravilloso olvidarse de que arriba, a unos miles de millas, surcaba el espacio una gran astronave que llevaba a bordo a trescientas mujeres ansiosas de posarse sobre algo sólido y estable como la Tierra.

Luego cerró los ojos y repitió mentalmente:

—Antar-Re por encima de todo, Antar-Re v su designio sobre cualquier otra consideración... ¡Antar-Re, Antar-Re! ¡Que Krison-Re me dé fuerzas!

Atrás quedó pronto la línea verde de la costa. Finalmente todo vestigio de tierra desapareció y el mar, infinito, les rodeó.

Nancy apareció en el puente, después.

—Supongo que estaréis hambrientos. Y yo también, *lo* confieso. ¿Por qué no paras los motores, echas el ancla y bajamos a comer, Ralph? —propuso alegremente.

Ralph estuvo de acuerdo. El yate quedó flotando sobre las minúsculas alas azules, balanceándose acompasadamente.

La comida fue magnífica. Abundante, fragante y sabrosa. El vino calentó el estómago de Karah y la sumergió en una placidez radiante.

Luego, a! atardecer, mientras escuchaban música en la cubierta y Ralph lanzaba sus anzuelos al agua, Karah descendió al camarote.

Volvió poco después. Vestía un bikini blanco. Ralph la miró y quedó deslumhrado. ¿Era posible tanta belleza, tan incomparable perfección física en una mujer, en un ser... humano?

Karah advirtió aquel fulgor en los ojos del hombre y se sintió

dominada por la zozobra.

—Karah —murmuró él con voz ronca—. Estás preciosa.

—También tú —respondió ella, con sorprendente sencillez—. Eres un hombre muy apuesto.

—¿Yo? Ejem… Bueno, creo…

Se embarulló. Ninguna mujer le había hablado jamás de tal forma. Se sobreentendía, en la Tierra, que eran los hombres los que halagaban a las mujeres, pero no al revés. Y Karah…

Entonces advirtió que ella estaba adaptándose a la muñeca derecha un raro aparato de metal rojo bruñido que recordaba vagamente a una pistola, pues terminaba en un delgado cañón cilíndrico.

Estupefacto, contempló los movimientos de la mujer. Sujeto el aparato a su muñeca, Karah adaptó a lo largo de su antebrazo dos electrodos…

—¿Qué es eso? ¿Qué te propones, Karah? —preguntó, alarmado.

—Voy a bañarme. Ralph. Hace calor y la temperatura invita al baño —respondió ella, con naturalidad.

—¡Espera! Esta zona está infestada de tiburones. Si quieres bañarte, volveremos hasta la playa. Allí no llegan los tiburones.

—¿Los tiburones? —exclamó ella, sin temor—. Puedo divertirme mucho con esos monstruos…

Antes de que Harrison hubiera podido impedírsete, Karah saltaba ágilmente sobre la borda y se zambullía en las claras aguas azuladas.

—¡Karah! —gritó Harrison, desesperadamente. Y se precipitó sobre la borda en pos de ella.

La señora Harrison subió apresuradamente a cubierta y miró a su hijo.

—¡Ralph, Ralph! ¿Qué ocurre? Te oí gritar…

Harrison se volvió fugazmente hacia ella con las facciones crispadas. No dijo nada: no podía hablar. Sólo hizo una cosa: señalar el mar a unos treinta metros del yate, donde Karah nadaba

tranquilamente, ajena al peligro.

También Nancy gritó de terror entonces. Helado de espanto, Harrison vio la aleta dorsal del tiburón que se aproximaba veloz a Karah.

CAPITULO XI

Harrison pronunció una rotunda maldición. E inmediatamente se desprendió del pantalón y los zapatos, corrió hacia la bolsa donde guardaba sus aparejos de pesca y sacó un gran cuchillo de acero que sujetó entre sus dientes.

Poco después, Nancy le veía saltar por encima de la borda y desaparecer en las profundidades.

Iba a llorar, iba a gritar su terror a gritos…, pero no lo hizo. A toda prisa bajó al camarote, abrió un armario v tomó un rifle.

—¡Ojalá pueda ayudarles! —sollozó.

Cuando se asomó a la borda, no pudo ver a Karah.

Tampoco el tiburón estaba a la vista. Sólo Ralph nadaba a largas brazadas a unos cincuenta metros del yate.

De pronto, la panza blanquecina del tiburón surgió a la superficie y la luz del sol se reflejó en ella.

Nancy murmuraba entre dientes una oración. Luego, a la izquierda, resonó un grito alegre y la cabeza de Karah apareció sobre las crestas espumosas.

—¡Vuelve, Karah, vuelve ahora mismo! —gritó Ralph, alarmado.

—¿Por qué? —rio ella, quizá por primera vez—. El agua está fresca, deliciosa... ¡Ven!

—¡Por amor de Dios, Karah! —gritó él, descompuesto—. ¡Hay centenares de tiburones…!¡Te destrozarán!

Karah se zambulló. Durante unos segundos, Ralph aguardó en la más horrible tensión, hasta que de improvisoKarahreaparecióapocosmetrosdeél.

Harrison contemplaba, estupefacto, el cuerpo del tiburón, que, inmóvil, flotaba sobre las aguas. Muerto.

Pero ¿cómo podía haberlo matado Karah?

Otros cuatro escualos aparecieron en las inmediaciones. Con saña impresionante, los tiburones acometieron al congénere muerto y lo destrozaron a dentelladas.

—¡Aprisa! —gritó, tomando a Karah por los hombros—. La sangre que tiñe las aguas los atraerá a docenas.

Karah pareció comprender la angustia del hombre y obedeció. Los dos nadaron aprisa y finalmente alcanzaron la escalerilla de popa.

Harrison se derrumbó de bruces sobre la cubierta y respiró, jadeante.

—¡Estás loca! —gruñó cuando recuperó la respiración.

Pero ella sonreía, tan fresca y lozana como una rosa.

—Pero, Ralph, no comprendo...

—¿No comprendes, estúpida? —la tensión nerviosa se desbordaba en las palabras del hombre—. Tu loco capricho ha podido costarte la vida. Y también yo he podido morir destrozado por los escualos. ¡Mira allá! El mar hierve, agitado por docenas- de esos sanguinarios bichos...

Calló. Miraba con extraña expresión el aparato que Karah llevaba adosado a la cara interior de su antebrazo.

—¿Qué es eso? —preguntó, asombrado.

—Un *dubl,* Es decir —corrigió ella, rápidamente—, una especie de pistola eléctrica.

—No puedo creerlo —exclamó el científico, impresionado—. ¿Y esos cables que penetran en tu piel...?

—Absorben la energía eléctrica del cuerpo humano y elevan su voltaje un millón de veces. Su cañón, que no es otra cosa que un electrodo, puede matar o paralizar.

—Increíble —exclamó Nancy, que conservaba el rifle entre sus manos.

—Es... un invento mío —mintió Karah—. No sé aún qué otras aplicaciones pueda tener, por eso no lo he ofrecido todavía a la industria ni lo he registrado.

—Déjame verlo —exigió el hombre—. Aún no puedo

explicármelo. ¿Cómo se puede matar con la minúscula energía eléctrica que alberga un cuerpo humano?

—Es fácil —explicó Karah, mientras Harrison examinaba el *dubl* —, la descarga tiene un valor de dos millones de voltios... durante una décima de microsegundo; el tiempo suficiente para paralizar un corazón. Sólo así puede utilizarse una fuente de energía de tan escasa entidad.

—Admirable —confesó Harrison, sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

Pero Karah había tomado el *dubl* en sus manos. Ejerció una ligera presión lateral y mostró el complicado conjunto de elementos electrónicos.

Harrison no podía reconocer cada una de aquellas minúsculas piezas, pero sí advirtió en el acto los cuatro diodos dé germanio recientemente soldados al *dubl.*

Alzó los ojos y taladró a Karah con una penetrante mirada.

—Ahora comprendo —dijo—. Tomaste estas piezas del laboratorio-taller de la base...

—Sí —admitió ella, con naturalidad—. Las tomé de allí. El... La pistola se había estropeado, al penetraragua en su interior... Así que escogí algunas piezas que podían adaptarse. Pero noto que hay algo raro en tu expresión, Ralph. ¿De qué se trata?

De repente, Harrison rompió a reír hasta que sus ojos se cubrieron de lágrimas. Y su madre le secundó.

Finalmente se interrumpió y miró a Karah con infinito amor.

—¡Pequeña! —exclamó—. ¡Estás..., estás sonriendo!

—¿Sonriendo? Pues... creo que... sí —respondió ella, turbada.

Harrison dejó el *dubl* en la cubierta y la abrazó locamente. Y allí, en presencia de Nancy, la besó con pasión.

Algo muy íntimo y penetrante vibró en las fibras de la mujer hirkita. Quiso decir algo, pero Nancy llegó junto a ellos y les abrazó, emocionada.

Luego, cuando se calmaron un tanto, Ralph tomó a Karah por los

hombros y la miró a los ojos.

—Te quiero —confesó, sereno—. Y necesito que estés a mi lado por el resto de mis días. Pero... tendrás que devolver al laboratorio esos elementos. No temas, yo te facilitaré cuantas piezas necesites. O las construiremos entre ambos... Verás, tú lo ignoras seguramente, pero el material del laboratorio pertenece al Estado y está meticulosamente controlado... En cuanto a este apara-tito... me gustaría que lo guardases en lugar seguro. Es excesivamente peligroso, ¿comprendes?

Karah sonrió, tímida.

—Haré lo que tú digas —prometió.

A través de su piel, todavía húmeda, Ralph notó la vibración de su cuerpo maravilloso.

—Gracias. Y ahora..., ¿por qué no tomar un buen trago? —exclamó él—. Confieso que mi garganta está seca como papel de lija.

—Una buena idea —suspiró Nancy.

Entonces Ralph tomó a Karah por la cintura y susurró a su oído.

—Ya oíste mi proposición. ¿Quieres ser mi esposa? No te haré ninguna pregunta relacionada con tu pasado, ni volveré a desconfiar de ti. Sólo pretendo amarte durante el resto de mi vida. ¿Estás de acuerdo?

—Sí. Juntos por el resto de nuestras vidas —murmuró ella, con amargura.

Ralph la besó. Y luego se separó de ella con urgencia, temeroso de mostrarse débil ante el poderoso influjo de aquel bellísimo cuerpo femenino.

Karah entornó los ojos, apoyada sobre la borda. Había respondido sí a la pregunta de Harrison, pero su respuesta tenía un significado muy distinto a lo que Ralph pudiera entender.

El pensaba en una boda... terrestre. Y también en una vida llena de felicidad, pero en la Tierra.

Karah, por el contrario, pensaba en cien años de vida en la astronave de Hirk.

Una cosa era cierta: jamás se separaría de Harrison. Sólo que… él no podía imaginar ahora cómo se sucederían las próximas jornadas. Porque el lunes próximo, todo cambiaría sobre la faz de la Tierra.

* * *

—¿De veras no quieres venir? —preguntó Ralph cuan do el yate estuvo atracado al muelle.

Jeff Davis, el viejo marinero que cuidaba del yate, les observaba, mientras la señora Harrison se ocupaba de cargar algunas bolsas en el coche de Harrison.

—Estoy cansada —respondió Karah. Pero rehuyó la mirada de Ralph.

—Como prefieras. Pero a mi madre le hubiera ilusionado tanto compartir con nosotros la cena del domingo…

—Estoy fatigada, Ralph. Sólo deseo… dormir. Nos veremos mañana —prometió Karah.

Nancy volvió y la besó en la mejilla.

—Buenas noches, hija.

Y Ralph la besó en los labios suavemente. Luego Karah saltó al muelle y se volvió, agitando una mano en alto.

Anduvo aprisa, con una urgencia que sabía innecesaria. Pero el remordimiento la acosaba.

A veces se detenía y miraba hacia atrás, desconfiada.

Le había parecido escuchar el rumor de unos pasos precipitados a su espalda.

¿Era Ralph? No. Karah sabía muy bien que, ahora, él no la seguiría en contra de su voluntad; era un hombre.

La parada del autobús que la llevaría hasta la casa del acantilado estaba próxima, pero la luz era demasiado escasa y difusa.

De repente, alguien se abalanzó sobre ella, desde las tinieblas, y un cordón resistente y flexible oprimió su cuello salvajemente. Un aliento pútrido acarició sus mejillas.

Karah cayó al suelo y el hombre que la había atacado cabalgó sobre ella y apretó el cordón con saña.

Sintiéndose morir, Karah cerró los ojos. Sus sienes zumbaban, doloridas, y sus pulmones parecían a punto de estallar, sedientos de oxígeno.

—¡Vamos, vamos! —sonó la voz jadeante del hombre—. No pretendo asesinarla, señorita Smith. Tan sólo convencerla de que debe hacer caso de Aaron Hartmann y confesar de dónde sacó el oro. ¡Dígalo o… la mato!

Cuando ya la mujer comenzaba a perder el conocimiento, vio avanzar al anciano a través de sus ojos inyectados en sangre. El hombre llevaba una vieja gorra de marino y arrastraba una pierna al andar.

Hartmann se volvió en el instante en que el marino alzaba su pierna artificial. Y la sólida puntera metálica de su bota golpeó al judío en el rostro y le proyectó de espaldas.

Karah llenó sus pulmones de aire y sintió que la vida volvía a ella. Entretanto, el viejo marino había apresado a Hartmann y le golpeaba con el puño en pleno rostro, sin dejar de murmurar denuestos.

—¡El maldito pillo, el muy canalla…! ¡Atacar a una mujer indefensa, en despoblado! ¿Cuáles eran tus propósitos, maldito tiburón?

Hartmann lanzó un gemido. Pero las manos del viejo eran fuertes y duras y no pudo escapar.

Karah se puso en pie. La luz de unos faros iluminó la escena. El anciano marinero se descuidó un instantey Hartmann aprovechó la ocasión para huir como un conejo asustado hacia las sombras. El autobús acababa de detenerse a diez metros de distancia.

Karah se aproximó al hombre que había intervenido en su favor y murmuró:

—Gracias. De no ser por usted, ese hombre…

—¡Condenado bastardo, cochino del infierno! —gruñó el anciano —. Créame, he tenido mucho gusto en calentarle los hocicos a ese despreciable marrano. ¿Se encuentra bien, quiere que la acompañe a un puesto de asistencia? Verá, me llamo Jeff Davis, y todos me conocen en el puerto.

—Gracias, gracias; pero me encuentro bien —murmuró Karah, aún atontada.

Davis iba a decir algo cuando se oyó el ronco alarido del claxon del autobús.

—¡Eh, oiga! —gritó el conductor, impaciente—. ¿Sube o qué?

—¡Sí, sí, voy! —gritó también Karah. Y se volvió hacia el viejo Davis—. Me gustaría volver a verle, señor, pero no sé si será posible. Gracias, de veras. No le olvidaré.

Antes de que el anciano hubiera podido contestar a sus entrecortadas palabras, Karah corría ya hacia el autobús.

Jeff se rascó los canosos cabellos, pensativo. Y luego se alejó, silbando una cancioncilla.

* * *

Por la ventana del polvoriento salón penetraba el rumor susurrante del mar.

Karah dejó su bolso sobre el desvencijado diván y se encaminó al dormitorio de Fiahlore. Encendió la luz de la mesilla y contempló a su compañera.

Se estremeció. El rostro de Fiahlore envejecía, día a día... Las profundas arrugas junto a los ojos, los párpados abultados, la piel marchita y sin color...

Obsesionada, Karah se miró en el espejo. Respirótranquila: el espejo le devolvía la imagen de un rostro juvenil, terso y fresco.

Repasó las correas que inmovilizaban a Fiahlore. Las ligaduras no parecían necesarias: Fiahlore dormía tranquilamente bajo el efecto de los sedantes de prolongado efecto que Karah le había inyectado el

viernes.

Se había visto obligada a inmovilizarla, porque Fiahlore... parecía loca, a punto de cometer cualquier barbaridad. Y Karah no podía permitírselo, porque al día siguiente...

Suspiró hondo. Luego, tras dirigir una última mirada a Fiahlore, penetró en su propio dormitorio, tras lo cual se desnudó y se introdujo en el lecho.

Miró el reloj que había sobre la silla: eran las once treinta del domingo; el lunes estaba próximo. Y con el lunes llegaría el final.

CAPITULO XII

Abrió los ojos y miró el reloj. Eran las nueve y no se oía el menor rumor. Una claridad gris, difusa, penetraba a través de la persiana.

Hacía calor. Un calor bochornoso, agobiante...

En su cama, Fiahlore gritaba como una' furia y se agitaba con violencia, tratando de liberarse de las correas que la sujetaban.

Karah corrió hacia allá y se enfrentó con los ojos coléricos de su compañera.

—¡Suéltame! —rugió Fiahlore.

—No puedo —denegó Karah—. Serías capaz de echarlo todo a perder. Pero no temas: hoy mismo se cumplirá el término de nuestra estancia en la Tierra. Sufro al pensar que no podrás llevar contigo al hombre elegido, pero no estás en condiciones de moverte de aquí. Ahora debes serenarte, Fiahlore.

Horribles imprecaciones brotaron de los labios de Fiahlore, cuyo rostro parecía aún más ajado y envejecido a la luz gris de la mañana.

Karah buscó suero y sedantes y le inyectó. Luego, cuando Fiahlore cayó desmayada sobre el lecho, se vistió y abandonó la casa.

En el bolso llevaba el *dubl,* la temible pistola capaz de matar a un hombre. Con toda probabilidad, tendría que emplear el arma para abandonar el edificio de Intendencia, en la Base, una vez disparados los proyectiles atómicos.

A las nueve y media de la mañana, Karah coincidió con Harrison, a la entrada de la Base.

Ralph dejó el coche en el aparcamiento y la abrazó, ansioso.

—Buenos días, amor —saludó alegremente—. ¿Has dormido mal? Tienes una expresión muy extraña...

—Un ligero dolor de cabeza. Pasará —respondió ella.

Caminaron muy junto. Y Harrison se volvió para contemplar el automóvil blindado que Karah había comprado algunos días antes.

—¿Para qué un coche así? —preguntó él, burlón—. Aún no lo has usado.

—Hoy mismo lo probaremos... juntos —murmuró ella, enigmática.

Poco después penetraban en el edificio de Intendencia, saludaban al sargento Waterman y al mayor Monroe y fichaban en el reloj-registro del pasillo.

Diez minutos más tarde, Karah, Harrison y el mayor Monroe descendían hacia los silos atómicos. Monroe quedó en el pasillo y Karah y el profesor Harrison penetraron en el compartimento *Checking-Test*.

Inmediatamente, Ralph descolgó el teléfono y pidió, como de costumbre:

—Harrison al habla. Conecten la fuerza eléctrica.

La primera hora de la jornada transcurrió en las comprobaciones de rutina. Luego Harrison comentó:

—Muy bien. No existe la menor anomalía. Pasemos ahora al laboratorio. Quiero que realicemos algunas experiencias con mi relé múltiple. Por cierto, el coronel Bradley está muy interesado en mi proyecto.

A las once treinta minutos, Harrison alzó la mirada del pupitre de trabajo -y miró fijamente a Karah.

—Has cometido varios errores en los cálculos, querida. ¿De veras te encuentras bien? Si quieres, podemos subir —ofreció, solícito.

Karah rehuyó su mirada y se frotó las sienes.

—¡Oh, no!, por favor. Me encuentro bien... Sólo este dichoso dolor de cabeza que me atonta... Discúlpame, voy al lavabo;tomaré una aspirina.

—Como quieras —respondió Ralph, volviendo a su trabajo.

Karah salió al pasillo. Y sus ojos observaron inmediatamente la puerta blindada del compartimiento de control de disparo.

Monroe estaba cerca, en el pasillo, pero le daba la espalda. Como un autómata, Karah avanzó despacio hacia él y cuando llegó a su

altura alzó un brazo y golpeó al mayor en el cuello.

Monroe cayó al suelo sin exhalar un gemido. Inmediatamente, Karah registró sus bolsillos y sacó unas llaves.

Suspiró. Era el momento cumbre. El gran cataclismo estaba próximo.

Anduvo muy despacio hacia el compartimiento de control y disparo y abrió la puerta con las llaves robadas a Monroe. Ya dentro, conectó el circuito cerrado de televisión y encendió el monitor. El silo número Cinco apareció en la pantalla.

Karah empujó la palanca que ponía en movimiento el montacargas hidráulico y la llevó hasta la palabra *arriba.*

La cámara de televisión del silo Cinco envió al monitor imágenes de la rápida ascensión del montacargas con su siniestra carga atómica.

En el panel brillante del sistema de disparo brillaba el botón rojo que posibilitaba la ignición nuclear... Las manos de Karah se crisparon sobre el metal y su dedo índice se aproximó lentamente al botón.

—Siete, seis segundos —murmuró. Era el espacio de tiempo que restaba para el disparo. Algún tiempo después, Moscú y Pekín serían destruidas.

El dedo de Karah se detuvo y volvió a avanzar hacia el botón rojo.

—Tres... Dos... —murmuraban sus labios, yertos y endurecidos.

Súbitamente, el profesor Harrison apareció en la puerta.

—¡Karah! —gritó, demudado. Y saltó materialmente sobre ella y la derribó.

—¡Dios santo! —gimió, despavorido, al tiempo que la sujetaba—. ¿Puedes comprender el alcance de lo que ibas a hacer, loca?

El golpe de Karah le dejó sin respiración. Luego ella se incorporó y saltó hacia el panel de disparo; la pantalla del monitor de televisión mostraba una panorámica de la plataforma, en superficie.

Podían verse los camiones de los bomberos y los *jeeps* de vigilancia, rodando locamente a lo largo de los caminos entre las verdes colinas del campo de golf.

Harrison abrió los ojos. Miró a Karah, dudó un instante y luego se abalanzó sobre el cuadro eléctrico, empotrado en la pared muy cerca de la puerta, lo abrió de un manotazo y cortó la fuerza eléctrica.

Karah se enfrentó a él, fuera de sí. Pero Harrison la golpeó en el rostro y la derribó.

El rojo de la sangre se mezcló con el cobre de los cabellos femeninos.

En aquel momento, Monroe penetró en el compartimento, pistola en mano.

—Quieto, profesor —pronunció, con voz helada—. Hasta que todo esté comprobado, eleve los brazos y no haga ningún movimiento. Si no lo hace, dispararé contra usted. Y sabe que lo haría con mucho gusto.

* * *

Al fin, Karah abrió los ojos y contempló las blancas paredes de la habitación en la que se encontraba.

Trató de recordar, pero su mente se resistía al esfuerzo. Sin embargo, tal vez impulsada por alguna oculta fuerza, se puso en pie y abrió la puerta.

Un policía de uniforme la detuvo.

—Lo siento, señorita Smith, pero debe volver adentro —ordenó el agente.

Karah lanzó un grito furioso y le golpeó tan brutalmente que el hombre cayó al suelo, atontado. Luego, dos hombres y una mujer corrieron hacia ella y le cerraron el paso.

—Sea razonable, señorita Smith —dijo uno de ellos—. Está enferma, no puede abandonar el hospital. Lo que acaba de hacer con el policía…

Pero Karah saltó sobre él y le golpeó en el rostro. El hombre cayó de espaldas y su cabeza golpeó sordamente contra la puerta.

Visto lo cual, la enfermera lanzó un chillido y retrocedió, temerosa, imitada por el médico que la acompañaba.

—¡Es una fiera! —gritaba—. ¡Una pantera sedienta de sangre…!

A los gritos de la enfermera acudieron pronto cuatro enfermeros. Eran hombres muy robustos y musculosos. *Loqueros.*

A duras penas consiguieron dominar a Karah y embutirla en una camisa de fuerza. Tras lo cual la condujeron a una habitación acolchada y la sujetaron a un duro lecho con gruesas correas de hilo de nylon.

Poco después, el doctor Wesley, médico de servicio en la sala, se entrevistaba con el director del centro.

—Tendremos que admitir que el profesor Harrison decía la verdad: la señorita Smith ha sufrido un violento ataque neurótico. No puedo especificar aún, doctor Cobb, pero su reacción de hace unos minutos confirma el informe del profesor Harrison. Vi a la mujer, su expresión era terrible y sus nervios estaban excitados hasta el paroxismo. Deberá ser aislada *y* tratada.

—Lo lamento, pero al menos ello servirá para evitar los graves cargos que pesan sobre el doctor Harrison —comentó el doctor Cobb.

* * *

Nancy Harrison se retorció nerviosamente las manos.

—Apenas puedo reconocerte, hijo —sollozó—. ¡Has adelgazado tanto…!

Ralph no respondió. Porque él conocía muy bien el alcance del cambio experimentado en sí mismo a lo largo de aquellos dos meses. Su rostro antes bronceado y sano, estaba ahora descolorido y demacrado. También los ojos se habían hundido en las cuencas y sus párpados estaban teñidos de un tono oscuro, azulado.

—Tengo que ir a verla, madre. ¡No puedo aguardar más! La amo, la amaré siempre —confesó con voz ronca.

Nancy había escuchado la conversación telefónica que Ralph

había mantenido aquella mañana con el doctor Cobb, director del sanatorio psiquiátrico de Oíd Pine.

Cobb había asegurado que Karah se encontraba curada. Pero la propia Nancy se sentía insegura y asustada ahora. Ralph había sido encarcelado. Treinta y ocho días de prisión que habían hecho a su hijo más daño de lo que él mismo se atrevería a confesar.

Luego, como colofón, estaba su despido. El Gobierno había cancelado su contrato con el profesor Harrison, aunque el tribunal militar le hubiera absuelto de todo cargo.

—Ve, si ése es tu deseo, hijo —respondió al cabo—. ¿Puedo acompañarte?

—No —denegó Ralph—. Compréndelo. Quiero hablar con ella a solas, madre. Karah no es responsable. Ya oíste el dictamen de los médicos: enajenación mental transitoria. El doctor Wesley estima que la tensión producida por la responsabilidad de su empleo la trastornó.

—Está bien. Te esperaré. Verás, Ralph... Sólo deseo lo mejor para ti, pero confieso que estoy aterrada.

—¡Vamos, vamos, mamá! Todo se arreglará. Volveré antes del anochecer —prometió Ralph. Y abandonó la casa a bordo de su «Cooper».

Hacia las cinco, Harrison ascendía hacia las verdes colinas arbóreas de Old Pine. El aire estaba impregnado de aromas resinosos y del mar llegaba una leve brisa otoñal.

El doctor Cobb le esperaba en su despacho. Se saludaron y el médico le invitó a sentarse.

—Podrá verla dentro de unos minutos, profesor. Está completamente curada, no hay duda. Lo extraño... es el origen de su trastorno mental; no hemos podido fijarlo con exactitud. Karah Smith es... una mujer extraña, dotada de una inteligencia portentosa y de una fuerza física inimaginable. Las enfermeras que la han cuidado cuentan cosas fantásticas. La han oído hablar en sus sueños de... una gran astronave ocupada por trescientas mujeres...

Harrison se agitó en su asiento, muy inquieto. —Todos los sueños son fantásticos, doctor —murmuró—. Usted lo sabe.

—De acuerdo. Pero... pocas son las personas que suplican a un

dios llamado Krison-Re. Verá, miss Smith ha dicho cosas tan extrañas que yo mismo he llegado a obsesionarme. Ordené colocar un magnetófono disimulado en su habitación y le aseguro que oír una sola cinta grabada es impresionante. Si me permite...

—No me interesa escuchar sus grabaciones, doctor Cobb, aunque le agradezco de veras la curación de la señorita Smith —le cortó con cierta sequedad Harrison.

—Bien... A su gusto. La señorita Smith está dando un paseo por el jardín. Puede ir a su encuentro.

—Gracias..., pero quisiera llevármela. ¿Cree que podría hacerlo?

—Desde luego —respondió Cobb—. Extenderé el alta.

Poco después, Harrison buscaba a Karah en el bosquecillo de pinos. Ella se encontraba sentada en un rústico banco de piedra, profundamente abstraída.

—¡Karah! —llamó Harrison.

Ella se volvió y le vio. Y sus ojos oscuros destellaron.

—Lo siento, Ralph. Yo... sé que te puse en peligro —musitó Karah.

Pero Harrison la abrazó impulsivamente y no le permitió decir nada. Sólo al cabo de unos minutos, cuando sus labios se encontraron, exclamó él con voz ronca:

—Calla. No eras responsable, amor mío... Pero olvidémoslo todo. Te han dado de alta y estás sana... Quiero llevarte conmigo; no permitiré que vuelvas a esa horrible casa de los acantilados. Vivirás con nosotros. Luego, si tú lo quieres, nos casaremos.

Ella asintió con expresión distante.

—Fui a la casa de los acantilados —confesó él, después—. Un lugar horrible, solitario y tenebroso. Vi un 'echo deshecho, unas correas rotas..., quizá a mordiscos. No, no quiero que me expliques nada. Lo único que quiero es que vengas conmigo; sólo eso.

Al oscurecer tomaron el coche y retornaron a Daytona Beach por la carretera de la costa.

Karah permanecía en una actitud distante y silenciosa. Se había plegado a las caricias de Harrison, incluso las había devuelto..., pero

su rostro estaba rígido y su mirada tenía un relumbre incierto.

Nancy y Rosa, la sirvienta, les aguardaban en el porche de la casa.

—Bien venidos, hijos —saludó Nancy, amable. Y todos entraron en la casa.

Cenaron poco después y apenas se habló durante la cena. Harrison experimentaba una extraña inquietud, un vacío sin explicación. Sin embargo, no quería forzar a Karah para que hablase.

Pasaron unos días. Karah solía desaparecer cada anochecer, con la disculpa de dar un paseo.

Un de aquellas tardes tropezó en el paseo marítimo con el viejo Jeff Davis, que la acompañó durante un rato, charlando y charlando de forma interminable.

La verdad es que era un anciano amable y simpático. Davis parecía obsesionado por la búsqueda de perdidos tesoros en el mar.

Según contaba, veinte años atrás había recorrido la costa de Florida pilotando un viejo remolcador, a la busca de galeones españoles hundidos siglos antes.

—¿Se ríe? —bromeaba el anciano—. Pues le aseguro que todavía poseo fuerzas para zambullirme y pulmones resistentes para bucear…, **a** pesar de mi pierna de aluminio… Algún día..,, ¡algún día fletaré un yate y partiré de nuevo en busca del oro de los galeones españoles!

Karah le escuchaba sin interrumpirle. Cuando llegaban al final del paseo, ella dijo de pronto:

—Escuche, Jeff, tengo un viejo mapa de esta costa que quizá le interese. Me lo vendió un cubano por diez dólares. Lo tengo en casa. Lo buscaré y se lo daré. Aunque a cambio de un pequeño servicio: necesito encontrar a una mujer.

—¿Una mujer? —preguntó el marino vivamente interesado por el asunto—. Dígame su nombre, hábleme de su aspecto y sabré dónde se encuentra antes de veinticuatro horas.

Karah le habló de Fiahlore y *la* describió en pocas palabras, tras lo cual se separó de Davis y volvió a la ·mansión Harrison.

Davis cumplió su palabra. A la tarde siguiente, el viejo aguardó a

Karah en el paseo marítimo.

—La tengo —dijo—. Se encuentra en..., ¡ejem!, una casa de mala nota de Atlantic Lane, muy cerca de aquí.

—Bien, Jeff. Aquí tiene su mapa. Algo me dice que va a tener mucha suerte, que va a encontrar más oro del que podría gastar en toda su vida. No diga nada a Ralph. Sé que trabaja para él.

El viejo se quedó boquiabierto. Pero Karah se había alejado ya.

Aquella misma noche, Karah encontró a, Fiahlore. Y quedó profundamente impresionada al contemplar su rostro pintarrajeado, viejo y ajado.

A duras penas consiguió arrastrarla a un taxi. El automóvil las condujo a la casa de los acantilados. Para entonces, Fiahlore había perdido la resistencia de toda mujer hirkita y fue fácil reducirla.

Una inyección sedante consiguió el resto. Hacia las once de la noche, Karah regresó a la casa de los Harrison.

—Quiero salir al mar —pidió a Ralph-—. Mañana.

—No es posible —respondió el ingeniero, sombrío—.

El tiempo ha empeorado, se aproxima una gran borrasca desde el Atlántico sur.

—¿Tienes miedo? —preguntó ella, con los ojos brillantes.

—¿Miedo? No. Pero soy prudente. Sin embargo, si estás decidida, nos haremos a la mar —respondió él.

Karah no durmió ni un solo segundo aquella noche. Pensaba. Porque había tomado una decisión: regresar a la astronave, puesto que habíafracasadosu misión.

No podía olvidar a Ralph. Era su Ka, su hombre. Y lo llevaría con ella.

Al amanecer, Karah y Ralph se trasladaron al puerto. Jeff Davis, que estaba en el muelle, soltó rápido las amarras y susurró al oído de Karah:

—Voy a intentarlo, señorita. Iré al lugar marcado en su mapa. Deséeme suerte.

—De todo corazón, Jeff —respondió ella en voz baja.

El *Blue Planet* abandonó el muelle en seguida. Pasada la bocana del puerto, el yate comenzó a dar bordadas de forma alarmante.

Karah penetró en la cabina y se abrazó a Ralph por la espalda, que no pudo hacer nada por rechazar el pañuelo empapado en cloroformo.

Bastaron tres segundos. Tras respirar el gas, los músculos de Harrison se relajaron y sus ojos se cerraron.

Karah le arrastró fuera de la cabina y le llevó al camarote. Inmediatamente, tornó al puente, torció el timón y enfiló hacia los acantilados. Quince minutos más tarde, Fiahlore estaba a bordo, rendida y exhausta.

En la cabina, Karah sensibilizó su oído. Poco después, llegaban nítidas hasta ella las señales del vehículo varado en el fango.

Saltó al agua, sin experimentar el menor temor, y nadó con fuerza hasta alcanzar las profundidades. El fango cubría absolutamente el vehículo, pero a la presión de sus dedos, una compuerta se abrió.

Karah penetró en el vehículo, envió una orden concentrada a los aparatos de a bordo. La escotilla se cerró y el agua fue evacuada en pocos segundos.

De pronto recordó a Jeff Davis, el anciano marino que había salido en su defensa cuando Aarón Hartmann la atacó. Y sonrió. No sabía sonreír, pero sonrió.

Los lingotes de oro almacenados en la parte inferior del vehículo lastraban la nave y suponían un estorbo, por lo que Karah vació los depósitos.

Situada ante el puesto de pilotaje, revisó los aparatos de control y puso en marcha el generador, sobrecargado con el exceso salino de las aguas del mar.

Él vehículo vibró inmediatamente. Y el légamo marino se desprendió, y la nave ascendió de las profundidades rápidamente y quedó flotando sobre las aguas.

En pocos minutos, Karah había trasladado al vehículo los cuerpos exánimes de Harrison y Fiahlore. Luego, súbitamente, las aguas se

agitaron alrededor del vehículo y un insoportable zumbido alejó a las gaviotas y a los escualos.

El disco rojizo se elevó en el aire y desapareció entre las nubes grises.

CAPITULO XIII

—Entra, Karah —dijo Bedah-Shi—. La reina te aguarda.

Karah avanzó con paso firme. Pero sólo Krison-Re podía comprender el gran esfuerzo que suponía para ella mostrarse firme.

El sillón de Antar-Re giró silencioso y los grandes ojos glaucos la taladraron con una penetrante mirada. Y a Karah le abandonaron las fuerzas. Cayó pesadamente sobre el piso y su frente golpeó el pavimento.

—Tranquilízate, hija —se oyó la voz de la reina, cuando Karah estalló en sollozos—. Soy tu reina, pero también soy tu madre. Bedah me lo ha contado todo. He sabido de Fiahlore, de su espantoso estado actual... Pero habla ahora, hija.

Karah no se atrevía a alzar la mirada, pero finalmente alzó el rostro y gimió:

—He fracasado, ¡oh, madre! Castígame. He permitido que Fiahlore se degradase y no he traído a mis restantes compañeras. Sólo he traído a un hombre: el que eligió mi corazón. Ahora... sólo espero el castigo.

—Calla —ordenó Antar-Re con voz leve—. He visto a Fiahlore y comprobado su ruina física. Tal vez la Tierra sea nefasta para las mujeres hirkitas...

—Te equivocas —respondió Karah, fogosa—. La Tierra es magnífica, maravillosa, pero Fiahlore no supo dominar sus instintos. En cuanto a las restantes elegidas..., no pude encontrarlas. Temo que les haya ocurrido lo mismo que a Fiahlore.

—No —denegó la reina—. Tú, hija mía, sigues siendo tan hermosa como siempre. Quizá porque fuiste entera y valiente... ¡No sé qué decir ahora, Karah! Mi cerebro está conturbado, confuso. Déjame pensar.

Karah inclinó la cabeza y aguardó en absoluto silencio. Los minutos transcurrieron lentos, agobiantes.

Finalmente, la voz de Antar-Re volvió a retumbar en sus oídos:

—Escúchame, hija mía. Esta es mi decisión: volverás a la Tierra con tu Ka... ¡Sí, sí, no me contradigas! Karah, sé que en tu alma está el Bien, como en el espíritu de Fiahlore reina el Mal. Así pues, hasta que haya organizado un nuevo plan para la raza hirkita, tú gozarás la Tierra en compañía del hombre que has traído hasta aquí y tendrás siempre mi bendición y la de Krison-Re.

—¡Gracias, oh, gracias, madre! —sollozó Karah, estremecida de ternura—. Pero Fiahlore...

Iba a seguir hablando, cuando la puerta circular se abrió. Bedah-Shi, ensangrentada y maltrecha, penetró en la Cámara de los Misterios.

—¡Escúchame, oh, Antar-Re! —jadeó—. Fiahlore ha logrado escapar y se ha reunido con las mujeres Shi e incluso con las inferiores. Las ha soliviantado... Pretende hacerse con el mando de la astronave y ha ordenado reactivar el Gran Generador de energía... ¡Ahora vienen hacia aquí!

A través de la puerta, abierta, llegó un griterío espeluznante. Un momento después, docenas y docenas de mujeres hirkitas se precipitaban a la Cámara de los Misterios chillando como poseídas de Wasoun-Gri.

Bedah, atropellada, cayó a tierra. Y Karah fue pisoteada y golpeada por aquellas furias capitaneadas por Fiahlore, que chillaba sin cesar:

—¡Matémosla! Matemos a Antar-Re, el esperpento que nos ha estado tiranizando durante siglos. ¿Qué esperamos para terminar con su miserable vida?

La muchedumbre se precipitó sobre el sillón-trono de Antar-Re. A través de las piernas de las mujeres hirkitas apareció Bedah, con él rictus de la agonía en su noble rostro.

—¡Escapa, Karah! Estas mujeres te matarán para robarte al Ka que trajiste. Cumple la voluntad de Antar-Re; vuelve a la Tierra —murmuró dificultosamente.

—Pero ¡Bedah! —gimió Karah, dolorida—. ¿Cómo puedo abandonarte? Mi deber es morir aquí...

—¡No! El Gran Generador va a desintegrar la nave. Fiahlore lo ha sometido a una reacción tan intensa que nuestra astronave estallará

sin remedio. Coge a tu Ka y vete... ¡Es... mi designio!

Karah oprimió las manos de Bedah y se arrastró hasta el oblongo panel metálico. Las lágrimas rodaban, abundantes,, por sus mejillas.

Concentró su pensamiento y el panel se deslizó, permitiéndole la entrada. Alcanzó la rampa, cerró el panel y ascendió torpemente.

Arriba, en la estancia superior, Harrison le miró con expresión extraviada.

—¡Karah! ¿Qué extraño lugar es éste? Una mujer me visitó y hablaba en una lengua desconocida —murmuró él.

—Descansa, amor mío —sus manos acariciaban la frente del hombre—. Estás soñando... Todo esto es una pesadilla. Pronto despertarás y todo será distinto.

Con la mano izquierda, abrió su bolso y sacó una toallita, que aplicó a la nariz de Ralph, que inmediatamente perdió el sentido.

Tomó a Harrison en sus brazos y descendió la rampaque conducía al gran hangar de vehículos, en la plataforma inferior de la astronave.

No quería pensar en la suerte de Antar-Re ni de Bedah-Shi. Si pensaba ahora en ellas, jamás podría salvar a Harrison.

La gran astronave hirkita comenzaba a vibrar ya con un trémolo de muerte.

Karah concentró su pensamiento y el acceso a uno de los potentes vehículos se abrió. Suspiró. Harrison respiraba tranquilo, entre sus brazos.

Puso en marcha el generador después de acomodar a Ralph, consiguió el vacío en el hangar y utilizó un impulsor para abrir la compuerta que significaba la liberación.

El vehículo se deslizó lentamente hacia adelante y luego ganó la inmensidad oscura del espacio exterior.

De repente, e! vehículo se agitó en un movimiento apocalíptico. Y los ojos de Karah volvieron a brillar, húmedos; sabía que la gran astronave acababa de desintegrarse en el inmenso vacío espacial.

Miró a Harrison con inmenso amor. Era su Ka, el mejor de los Ka. Ahora, sin embargo, un pensamiento la inquietaba: Harrison moriría

un día, demasiado pronto, tal vez a los ochenta o noventa años, cuando Karah... viviría aún doscientos.

—Si él muere —se prometió—, moriré yo también.

Súbitamente, una agitación intensa señaló la entrada del vehículo en la zona de acción gravitatoria de la Tierra.

Karah se concentró para controlar la nave y dirigirla hacia la costa de Florida y al fin el vehículo cayó al mar, más allá de la cornisa submarina atlántica, a unas diez millas de la costa.

Cuando el vehículo se hubo hundido profundamente, Karah tomó a Harrison y juntos emergieron a la superficie.

Muy cerca de ellos, el yate *Blue Planet* saltaba sobre las pequeñas olas.

Karah jadeaba cuando alcanzó la cubierta de popa, remolcando al desvanecido Harrison. Ya arriba, dejó aRalph en una litera, subió al puente, arrancó los motores y maniobró para dirigir el yate a tierra.

Media hora después, una lancha guardacostas se acercaba a] yate. Ya se disponía Karah a conectar la radio, cuando Ralph apareció, tambaleante, en la cabina.

—¡Karah! —exclamó él—. ¿Qué..., qué ha ocurrido?

—Nada importante, amor mío. Ayer te desmayaste en el puente, por lo que he tenido que luchar sola contra la tempestad. Me has tenido asustada porque parecías preso de una espantosa pesadilla... —mintió ella—. Pero ya todo pasó. Pero será mejor que conectes la radio. Hay una lancha guardacostas cerca. Seguramente han venido en nuestro auxilio. Responde.

Pero Harrison la abrazó y la besó locamente. Y luego murmuró:

—Bendita seas. Creí haberte perdido y aquí te tengo...¡tan cambiada!

Ella le besó a su vez, con extraña y prolongada insistencia.

—Será mejor que conectes la radio, Ralph —recordó luego.'

Ralph obedeció. A través de las ondas llegó la voz del operador de la lancha:

—¡Atención, *Blue Planet,* atención! Llevamos muchas horas buscándoles. Y también a un loco marino llamado Jeff Davis. Tenemos noticias de que se hizo ayer a la mar en una vieja motora casi inservible. Tememos que la tempestad le haya hecho zozobrar. ¿Están ustedes bien? Informen. Cambio.

—Diles que no se preocupen, Ralph. Y también que Jeff Davis volverá a Daytona vivo y muy satisfecho… ¡Díselo! —exclamó Karah a su oído.

Ralph la miró lleno de asombro, pero obedeció. Poco después, continuaban la navegación hacia tierra.

* * *

Anochecía. En el muelle de pescadores, Karah y Ralph aguardaban, ateridos, en mitad de un grupo compuesto por curiosos y oficiales del servicio de guardacostas.

—Es su última aventura —comentó un viejo patrón, pesaroso—. El viejo Jeff Davis no volverá jamás.

No bien acababa de decirlo, uno de los oficiales tendió unos prismáticos a Harrison.

—¡Mire, profesor! —exclamó, muy excitado—. ¡Yo juraría que es la motora de Davis la que acaba de penetrar por la bocana!

Era Davis. Veinte minutos después, su vieja motora era amarrada al muelle con la ayuda de varios de los espectadores.

La cubierta de la motora estaba llena de… ¡lingotes de oro!

—¡Hey, señorita Smith! —gritaba roncamente Jeff desde la motora, agitando los brazos—. ¡Lo conseguí, lo conseguí! ¡Usted tenía razón, traigo tres toneladas de oro!

Harrison miró con extraña expresión a Karah. Ya se disponía a preguntar algo cuando llegó Nancy y se abrazó a ellos. Lloraba y reía, sin poder dominarse.

Luego, cuando la atención de todos se volcó sobre Davis y su motora cargada de oro, los tres se separaron del muelle y caminaron

hacia el «Cooper», estacionado cerca.

—No lo entiendo —susurró Ralph, mirando a Karah—. ¿Cómo podías estar segura de que Davis iba a volver? ¡Y ha vuelto… cargado de oro!

—Una corazonada, amor mío —sonrió Karah. Y se introdujo en el asiento cercano al conductor, en el pequeño «Cooper».

Durante el camino hacia la mansión Harrison, Karah reflexionó. El apocalipsis que Antar-Re había decretado para la Tierra no había llegado a producirse, por fortuna.

Ahora… llegaba con irrefrenable ardor el presente.

F I N